LOS TRABAJOS DE HÉRCULES



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Javier Rubín Grassa y Pilar Mas (págs. 30-31)
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Bàrbara Matas Bellés
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8646-8
Depósito legal: B 11928-2016

Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

*Hércules superaba a todos en tamaño y fuerza;
por su aspecto estaba claro que era hijo de Zeus,
pues su cuerpo medía cuatro codos y tenía brillo
de fuego en los ojos; no fallaba un disparo,
ni de flecha, ni de lanza.*

Biblioteca, Apolodoro, 2.4.9

Dramatis personae

Familia de Hércules

Hércules – héroe de fuerza extraordinaria, hijo de Zeus, nacido con el nombre de Alcides.

Yolao – sobrino del héroe, al que acompaña en alguna aventura.

Ificles – hermano mortal de Hércules.

Mégara – primera esposa del héroe, hija mayor del rey de Tebas.

Anfitrión – padrastro del héroe, padre biológico de Ificles.

Alcmena – hija del rey de Micenas, madre de Hércules e Ificles.

Monstruos

León de Nemea – león de piel impenetrable a las armas.

Hidra – criatura con nueve cabezas capaz de regenerar dos de ellas por cada una que se le amputa.

Jabalí de Erimanto – jabalí gigantesco que ataca a los hombres y asola la tierra.

Cierva de Cerinia – cierva muy veloz, con cornamenta de oro, consagrada a la diosa Ártemis.

Aves del Estinfalo – pájaros carnívoros cuyos excrementos son venenosos.

Toro de Creta – poderoso toro que Poseidón entregó al rey Minos de Creta.

Yeguas de Diomedes – fieras yeguas comedoras de carne humana.

Can Cerbero – perro de tres cabezas que guarda la entrada del Hades.

Gerión – gigante de Tarteso, dueño de una espléndida cabaña de ganado.

Seres mortales

Euristeo – cobarde rey de Tirinto y Argos, que ordena los trabajos a Hércules.

Copreo – heraldo del rey Euristeo.

Centauros – criaturas con cuerpo de caballo y torso y cabeza de hombre.

Augias – rey de Élide cuyos establos no se han limpiado jamás.

Hipólita – reina de las amazonas.

Seres inmortales

Hera – esposa de Zeus, celosa y vengativa ante las infidelidades de su marido.

Quirón – centauro sabio y bondadoso, tutor de muchos grandes héroes, incluyendo a Hércules.

Atlas – titán condenado por Zeus a sujetar la bóveda celeste sobre sus espaldas.

1

Alcides y la locura

La ciudad humeaba. Por fin los tebanos habían conseguido ajustar cuentas con los minias de Orcómeno, habitantes de una ciudad que, desde tiempo inmemorial, había considerado a Tebas como su mayor enemiga.

Los hombres habían sido pasados a cuchillo; las mujeres esperaban en las inmediaciones del ágora. Algunas de ellas, las más hermosas, convertidas en botín de guerra, serían conducidas a Tebas y a otras ciudades, las patrias de los vencedores. Otras, menos hermosas, menos afortunadas, estaban ya encerradas en jaulas de madera a punto de ser cargadas en los carros de los mercaderes de esclavos junto con el ganado, los enseres, los niños y las escasas pertenencias de los vencidos.

En la zona más alta del ágora, Alcides, el héroe vencedor, estaba sentado sobre una roca. Su rostro no reflejaba ninguna emoción, su cuerpo permanecía laxo, pues todo lo que ocurría a su alrededor formaba parte de un escenario familiar,

rutinario. Contemplaba la ciudad destruida y, desde su posición, podía ver las nubes de polvo que levantaban los mensajeros, quienes, a través de los caminos, llevarían la noticia de su gesta a toda Grecia; muy pronto todo griego sabría quién era él y qué les ocurría a los que osaban oponérsele.

Abandonando su ensimismamiento, se dirigió a la ciudad alta, el lugar en el que ya estaban apilados los haces de una pira funeraria. Era un recinto construido sobre el lado oriental del monte Aconio, a cuyos pies, como migas de pan diseminadas sobre un mantel, se desplegaba todo un universo de campos de cultivo, casas de labranza y pequeñas aldeas teñidas de blanco. Al sur, las aguas del lago Copais chispeaban acariciadas por el sol.

Cuando llegó, el cadáver del difunto estaba depositado ya sobre unas parihuelas junto al lugar en que su cuerpo habría de ser consumido para siempre. Frente a él, el áspero asalto de los recuerdos de su niñez lo atrapó de improviso, sus enormes brazos envolvieron su propio tórax en un vano intento por procurarse un poco de calor.

El cadáver de Anfitrión, el esposo de su madre, aquel que debía haber sido su padre, aparecía ya sin manchas de sangre, sin polvo en el rostro, sin huella del sufrimiento que había padecido a lo largo de su vida. No sentía por él el dolor de un hijo, pero algo en su interior bullía. Recordó muchas escenas de su infancia en Tebas, y pensó en la larguísima noche en que Zeus, adoptando la forma del infortunado Anfitrión, había poseído a su madre hasta dejarla embarazada. Se decía que el poderoso soberano celeste había ordenado al sol detener su carrera para que las sombras se prolongaran durante el tiempo que ocuparían tres

días completos. Él había sido engendrado en aquella noche, él, hijo de Zeus y Alcmena, su madre mortal. Ahora, con la sangre y el polvo pegados todavía a su piel, miraba el cadáver del infortunado Anfitrión, que, al cabo, había muerto luchando a su lado. Luchando por él.

El cuerpo fue izado con cuidado y depositado sobre los haces de leña. Al lado de la pira estaba Ificles, su hermano mortal, el verdadero hijo de Anfitrión. Permanecía erguido, con el gesto altivo de quien intenta que la emoción no lo derrumbe, contemplando el cadáver de su padre con melancolía. Las miradas de los dos hermanos se encontraron un instante; entonces Alcides inclinó levemente la cabeza, cediendo a Ificles el honor de iniciar la ceremonia.

Tomó este la antorcha que le entregó uno de los soldados y la colocó bajo los troncos. En un momento el humo producido por la madera seca empezó a elevarse mientras las pavesas encendidas revoloteaban como una bandada de pájaros incandescentes. Ificles no podía apartar la mirada del cuerpo de su padre, que, poco a poco, fue perdiendo las características propias de la vida para transformarse en un bulto informe, ennegrecido, asolado por las lenguas del fuego.

Alcides contemplaba a su hermano convencido de que una etapa de su existencia se cerraba para siempre.

∞

Tebas era una fiesta. La noticia de la victoria de Alcides había corrido tan veloz como el viento y los cantos de los tebanos se elevaban sobre los muros y se esparcían por la llanura como un eco gozoso. Cuando los vencedores entraron en la ciudadela fueron recibidos por Creonte, el tirano, con

todos los honores. Pocas veces el propio rey salía al encuentro de algún visitante, pero Alcides lo merecía: había librado a la ciudad del humillante tributo impuesto por el rey de la odiada Orcómeno, tras un viejo incidente que había costado la vida de su padre. Desde entonces Tebas, más débil que su rival, se había visto obligada a entregar cien bueyes cada año, durante dos décadas.

Mas aquella carga vergonzosa había terminado para siempre. Y cuando Alcides inclinó la cabeza ante Creonte, este anunció que le entregaba en matrimonio a su hija Mégara y que ponía en sus manos los asuntos de la ciudad. Todos los presentes mostraron con gritos su alegría y sintieron en su interior una seguridad que tenían olvidada desde hacía muchos años. Por primera vez en largo tiempo Tebas podía dormir tranquila.

Los esponsales se celebraron pocos días después de la victoria. Alcides desposó a Mégara, y su hermano Ificles hizo lo mismo con la más joven de las hijas de Creonte, por lo que hubo de abandonar a su primera esposa, con la que había tenido un hijo llamado Yolao. Por toda Grecia se propagaron canciones en honor del gran Alcides; las gestas del gigante tebano eran celebradas por los griegos de toda condición, en cualquier rincón, en cualquier taberna, en las calles de las aldeas y las bodegas de los barcos, y las canciones hablaban de él como de un dios al que solo esperaba un futuro de dicha e inmortalidad.

Durante su noche de bodas Alcides disfrutó cuanto quiso del cuerpo de su esposa. Dentro del palacio, ya en el tálamo, ordenó a Mégara que se desnudara, con toda la calma del mundo, como si esa noche fuera a durar lo mismo que aquella otra, ya lejana, en que él fue concebido. Por unos instantes

se sintió igual que Zeus, lleno de poder, de confianza, casi en la cumbre de un camino reservado solo a los elegidos. La muchacha obedeció ruborizada. Con gesto tembloroso abrió los broches que sujetaban sobre los hombros la tela de su vestido y notó cómo el tejido resbalaba sobre su espalda, sus pechos y su vientre. Su esposo la contemplaba sentado sobre el borde de la cama, saboreando el placer de yacer junto a la hija de un rey, palpando el futuro como algo suyo, algo que le pertenecía igual que su estremecida mujer, cuyo corazón latía para él.

Una y otra vez la obligó a ofrecerle su cuerpo sin atender más que a su solo deleite, sin escuchar sus sollozos, sometiéndola a su deseo insaciable y a esa ansiedad que, repentinamente, parecía poseer su ánimo con la misma intensidad con la que él penetraba una y otra vez el cuerpo de su esposa.

Al despertar, Alcides contempló el cuerpo de Mégara, oyó su respiración entrecortada, interrumpida todavía por algún tenue sollozo, y vio el jergón sobre el que habían dormido salpicado de sangre. En ese momento sintió hastío de sí mismo y acarició la espalda de la mujer, despacio, intentando transmitirle algo de calor, algo de ternura. Ella no reaccionó. Su pecho siguió respirando mientras, de vez en vez, un hondo estremecimiento agitaba sus extremidades.

Alcides se levantó de la cama para pasar a revista sus armas, que reposaban sobre un amplio trípode de bronce. De entre todas ellas destacaba la maza, fabricada por él mismo, de fuerte madera de fresno, dura y flexible; en la parte alta se ensanchaba formando una suerte de esfera rodeada de brotes de madera que parecían clavos anchos, remachados en forma de corona. A su lado, iluminada por los primeros haces de

luz de la mañana, estaba la espada que le había entregado Hermes, el mensajero celeste. Frunció el ceño preguntándose si alguna vez tendría la ocasión de tratar a los dioses como a sus iguales. Se sabía hijo de Zeus y, por tanto, con el derecho a ser reconocido como tal. Mas su pensamiento no siguió esa ruta, sino que se detuvo en la contemplación del arco y las flechas, que le habían sido entregados por Apolo, hijo de Zeus como él. Era un arco hermoso, fuerte, digno del hombre que fuera capaz de tensarlo. Con aquella arma había matado ya a muchos enemigos y esperaba acabar con muchos más. Acarició luego la coraza de oro, hermosa, limpia, brillante. Hefesto, el dios de las fraguas, se había esmerado mucho al darle forma. Notaba en las yemas de sus dedos la perfección del metal, el esmeradísimo bruñido de sus junturas, apenas perceptibles, el tacto casi dulce de los costados y del pecho. Pensó en las hazañas que lograría con tales armas y con los caballos que, en aquel mismo momento, piafaban en los establos, también regalo de un dios, el irascible Poseidón, hermano de su padre.

Trató de imaginar el futuro. Abrazó sus sienes con las manos y se dejó caer en una de las sillas de bronce. Sentado sobre los blandos cojines, con los codos apoyados en sus muslos y los ojos cerrados, notó como si una amenaza imperceptible lo estuviera acechando. Desechó tales pensamientos, se puso de pie y salió de la habitación.

∞

Hera estaba nerviosa. Contemplaba el mundo desde el alto sitial que tenía reservado en el monte Olimpo, al lado de Zeus, el gran dios. Como de costumbre, él no estaba presente.

Lo imaginaba persiguiendo el rastro de alguna mujer mortal, como un perro siempre en celo. No podía soportar la duda, la inquietud que le causaban sus ausencias, siempre atareado en el empeño de poblar el mundo con sus vástagos.

Todos los días pensaba en esos hijos que no eran suyos, en esas mujeres que se rendían ante las exigencias de su promiscuo compañero desafiándola, poniendo en continua discusión su autoridad y su prestigio. Lanzó una mirada hacia la tierra y contempló a los mortales moviéndose como hormigas, pequeños insectos ajetreados en su diario intento por sobrevivir. No sintió desprecio ni hostilidad, sino indiferencia. Imaginó sus vidas, sus insignificantes necesidades, la infinita precariedad de sus días y la oscuridad de sus noches.

Entonces lo vio. En medio de la plaza del mercado, rodeado de sus amigos y esclavos, recibiendo todavía, casi tres años después, el agradecimiento de los tebanos, Alcides caminaba por las calles de Tebas igual que un rey orgulloso de su cetro; no había muerto todavía Creonte, pero él, convertido en su yerno tras la victoria sobre Orcómeno, se comportaba como si la ciudad fuera suya.

La diosa torció el gesto. Una mueca desabrida arrugó sus labios. Su mirada voló hacia el palacio, encaramado en la cima de la ciudadela, penetró en la fortaleza y recorrió sus pasillos, sus estancias, sus rincones, en busca de algún indicio que pudiera calmar su sed de venganza. De repente comprendió cuánto odiaba a ese ser corpulento, de músculos apretados y ojos inquisitivos, nacido de una noche eterna.

En su pecho crecía un sentimiento ya antiguo, un odio atroz contra aquel hombre de éxito que no ocultaba a nadie quién era su padre. Al recordar los cantos de alabanza que le

había dedicado toda Grecia, percibía la insondable profundidad de su rencor. Zeus podía sentirse orgulloso de haber tenido semejante hijo con una mujer mortal, pero ella estaba decidida a hacer algo más que admitir su vergüenza. Los celos agolpaban en su imaginación cada instante de aquella larga noche en que Alcmena recibió en su vientre la inmortal semilla de su marido, y su mente rebosó de ira.

«Si te gustan los cantos de alabanza, Alcides —pensó—, yo daré motivos a los aedos para que compongan sobre ti una canción eterna.»

Entonces vio a sus tres hijos, pequeños, tiernos en sus camastros. Dos nodrizas se afanaban junto a ellos hablándoles con ternura, ofreciéndoles abrigo y desplegando sobre el suelo una multitud de juguetes de barro. La mirada de Hera se llenó de una luz extraña, como si un pájaro negro hubiera penetrado en su corazón. Su semblante se transformó en una sórdida mueca y una sonrisa de hiena resonó en las laderas del monte Olimpo.

∞

Los hijos de Alcides y Mégara están en la sala del palacio. A su lado juegan los dos de Ificles, nacidos de la hermana menor de la reina, junto a quienes está sentado Yolao. El sobrino, apenas poco más que un adolescente, siente por su tío una admiración sin límites y arde en deseos de acompañarlo en alguna de sus aventuras lejos de Tebas. Contempla a los pequeños con condescendencia y algo de envidia, pues habría sido feliz con un padre como Alcides.

De repente, Ificles entra en la estancia. Mira a las mujeres y a los niños y detiene su vista un momento en su hijo Yolao.

El muchacho percibe un rastro de alarma en la mirada de su padre y se levanta de la silla.

—¿Ocurre algo, padre? —pregunta intranquilo.

Pero no hay tiempo para la respuesta. Alcides irrumpe en la habitación con el rostro desencajado. Mira a su alrededor como un animal que atisba el olor de su presa, los ojos fuera de sus órbitas, la nariz abierta, los músculos rígidos. Un hilo de baba le cae desde las comisuras de sus labios mientras balbucea palabras inconexas que nadie logra entender.

Mégara corre hacia él en un vano intento de evitar lo que se avecina. Alcides la golpea con una mano y ella cae al suelo ahogando en su garganta un grito de auxilio. Indiferente, saca del carcaj una primera flecha. El chasquido de la cuerda del arco suena como una rama al quebrarse casi a la vez que el cuerpecillo de Terímaco, uno de sus tres hijos, queda ensartado por la saeta, igual que una paloma a la que el cazador ha sorprendido en un vuelo bajo.

—¡Detente, insensato! —grita Ificles mientras protege los cuerpos de los niños con el suyo—. ¡Detente, por los dioses! ¿Qué clase de furor te tiene poseído?

Alcides no oye. Dos chasquidos más resuenan en la habitación y otros dos cuerpos son heridos por las flechas. Creontíades queda clavado sobre la pared de madera, igual que un trofeo de caza, y Deicoonte estrella sus frágiles huesos contra la base de una de las columnas. La respiración del implacable asesino inunda toda la sala, sus alaridos de fiera, mientras su sudor encharca el suelo a su paso. Se vuelve hacia Mégara, mira su cuerpo sobre el piso, el vestido desordenado bajo el que se intuyen sus muslos. Un hilo de cordura parece enhebrarse en su ánimo. Con el arco ya tensado, duda; es solo un instante.

De inmediato recupera el gesto salvaje y dispara dos flechas seguidas contra los dos hijos de su hermano, que caen hacia atrás impelidos por la fuerza de los dardos. Hay un momento de silencio, el efímero tiempo que Alcides emplea en arrancar las saetas de los cadáveres de sus hijos: los huesos del cuerpo de Creontíades resuenan sobre el suelo. Ificles aprovecha para tomar a Yolao del brazo y sacarlo de la habitación sin que su enloquecido hermano pueda darse cuenta, pero ve de nuevo a Mégara que, aturdida todavía por el golpe, pugna por levantarse. La muchacha apenas entiende lo que ha pasado, pues Ificles la arrastra fuera con todas sus fuerzas.

Cierra las puertas con estrépito mientras Yolao y Mégara corren sin rumbo hacia el exterior del palacio buscando entre la gente su propia salvación. Se entremezclan con los muchos hombres y mujeres que entran y salen de las dependencias reales: Yolao refleja en su rostro el espanto del que intuye que ha escapado momentáneamente de las garras de la muerte; Mégara tiene los rasgos inexpresivos de quien no sabe todavía de qué huye. Ambos se abrazan, unen sus mejillas, húmedas por las lágrimas, e intentan dar calor a sus helados miembros.

Cuando Ificles regresa, en la sala reina el silencio; siente su corazón latir como un tambor golpeado por las mazas de un gigante. Acerca su cabeza a la hoja del portón, procurando percibir cualquier sonido que provenga de aquella habitación maldita. Pero no oye nada. Silencio, solo silencio.

Abre la puerta despacio. Un olor extraño lo alcanza: sangre, sudor, excitación, violencia. Empuja la hoja un poco más y entra. Ante sus ojos aparece, consumada, la atroz matanza. Los cuerpos de los hijos de Alcides y Mégara yacen en el suelo, pequeñas marionetas de miembros destartalados. Entonces un leve lamento llama su atención. Esforzándose por contener las náuseas, que acuden a su garganta como ríos de agua sucia, trata de hallar el lugar de donde proviene aquel sonido, un aullido agudo, como de un cachorro que busca las ubres de su madre. Rastrea la habitación con sus ojos hasta que ve la horrible escena: sus dos hijos aparecen ensartados por la misma flecha. Están abrazados, como si en el último momento hubieran percibido la certeza de la muerte y pretendieran evitarla con un patético abrazo. Uno de ellos todavía respira: un feble hilo de aire sale por el orificio que la flecha ha provocado en su pequeño pecho. El padre se acerca tambaleándose, aturdido por el horror que tiene ante sus ojos. Se arrodilla delante de los cuerpos de sus niños, unidos por el astil de la flecha, y quiere decirles alguna palabra; mas solo un quejido escapa de su boca; un quejido sordo, grave, como si la vida pugnara también por abandonarlo.

Se inclina, los toma en sus brazos. Ninguno respira ya. Entonces ve la sombra de Alcides proyectada sobre la pared; se vuelve esperando oír en cualquier momento la cuerda del arco y el silbido agudo del dardo volando en el aire. Levanta la mirada, decidido a morir, sintiendo que el fin es ya el único consuelo; contempla los cadáveres de sus sobrinos, los hijos de Alcides, y, finalmente, clava sus ojos en los de su hermano.

—Dispara —le dice—. Pon fin ya a esta locura y deja que mi alma viaje al Hades para encontrarme con las sombras de mis antepasados y de mis hijos. Acaba de una vez.

Mas Alcides no reacciona. Su cuerpo está paralizado, como el de una estatua de bronce. Sus labios son una grieta profunda y recta, sus ojos, dos cuencas vacías, su rostro, el de un hombre vencido por la adversidad. Súbitamente, se deja caer de rodillas en el suelo, como si hubiera comprendido la magnitud de la tragedia que había provocado, extiende sus brazos hacia su atónito hermano e inclina la cabeza, deseando recibir de este un golpe definitivo que ponga fin a su desdicha.

Ificles se acerca a él sin estar todavía convencido de lo que debe hacer. Los fuertes brazos de Alcides abrazan sus rodillas en un gesto de súplica, y él no puede evitar que un sentimiento de piedad inunde su ánimo.

—¿Qué has hecho, hermano? ¿Qué dios te ha empujado?

Alcides no contesta. Siente que no puede haber perdón para tales acciones. Se levanta despacio, lanza una última mirada sobre aquella habitación que hasta ese día había acogido las risas y los llantos de sus hijos y, antes de salir, rompe a llorar con amargura sobre el hombro de su hermano.

◇◇◇

Por fin Hera había logrado infligir a ese joven arrogante el castigo que merecía. Le había infundido una clase de locura momentánea pero destructiva. No solo le había causado dolor, sino que, además, le había hecho cometer crímenes atroces que demandaban una expiación; crímenes de los que sería deudor durante toda su vida. Su afán de venganza parecía satisfecho. Ahora, desde su sitial en el Olimpo, contemplaba al joven Alcides que, voluntariamente exiliado, caminaba hacia Delfos, la sede del oráculo, el lugar en el que habría de serle anunciado su destino.

El plan de la diosa se estaba cumpliendo; sabía que, al cabo, no podría alterar el destino final de un hijo de Zeus, pero sí podía hacerle sufrir.

Alcides, en efecto, se dirigía a Delfos. Marchaba hacia la sede del oráculo de buen grado, pues se sentía indigno de vivir en la ciudad de Tebas y, aunque percibía que todos sus habitantes lo exculpaban, sentía vergüenza de sí mismo.

Otra vergüenza, más honda, atormentaba su ánimo de forma tan intensa que le hacía verse como un cobarde incapaz de mirar a la cara a Mégara, su esposa, la madre de sus hijos, a quien había convertido en una sombra, en un espectro inerme de mirada fría cuyo cuerpo temblaba de miedo ante su sola presencia. La había abandonado, entregándosela a su sobrino Yolao, a pesar de la diferencia de edad que los separaba.

Iba solo, cargado apenas con sus armas y algo de ropa de abrigo, por si las tardías heladas de primavera lo sorprendían en el norte. Cuando abandonó Tebas miró un momento atrás; contempló la espléndida muralla, las enormes puertas, y se sintió maldito, expulsado como un vulgar criminal de su pequeño paraíso. A pesar de que él mismo había elegido el exilio, sintió nostalgia de la ciudad incluso antes de haber abandonado.

Marchó hacia Delfos evitando los pueblos y las aldeas. La vergüenza le impedía soportar las miradas indulgentes de la gente clavadas en su espalda; en apenas unos días su leyenda y su fama se habían evaporado. Mientras caminaba, mientras dormía al abrigo del viento en cualquier lugar solitario, se daba cuenta de que, por primera vez en su vida, sentía el peso de sus actos.

Llegó a Delfos un frío y lluvioso día en el que apenas se insinuaba la incipiente primavera. Las rocas Fedríades, bajo las que se encontraba el recinto sagrado, lo impresionaron vivamente. Se detuvo un momento para observar el viejo templo y los edificios en que habitaban los sacerdotes que se encargaban de su cuidado. Todo parecía insignificante al lado de aquel paisaje sobrecogedor, eterno.

Antes de entrar en el recinto tuvo la impresión de que su vida habría de empezar de nuevo en aquel lugar abrupto cuyo paisaje le parecía una extraña alegoría de su propia existencia.

2

La inmortalidad de un esclavo

No pudo Alcides entrar en el templo a contemplar a la pitia, la mujer capaz de oír el pensamiento de Apolo. Un sacerdote le pidió que permaneciera en el exterior a la espera de la respuesta del dios. Se sentó sobre una piedra ante el piélago de olivos que se extendía hacia el sur y dejó que su mente vagara: le dolía en el pecho el silencio de su padre.

Cuando el sacerdote lo llamó, Alcides se levantó con gesto cansado y fue hasta él, convencido de que aquel hombre iba a confiarle el secreto de su destino.

—El dios ha decidido hablar de ti —dijo el sacerdote con la voz temblorosa, como si no se sintiera seguro ante el hombre que había sido capaz de cometer un crimen tan atroz—. Su mensaje ha sido esta vez claro como el agua: desde hoy serás llamado Hércules, «Gloria de Hera». Abandonarás para siempre el nombre con el que naciste y propagarás el nuevo allí donde vayas.

Alcides quiso intervenir, pero el sacerdote no lo dejó.

—Lo que he de decirte es la orden directa del oráculo, no tienes nada que discutir conmigo. Deberás vivir en el sur, en Tirinto, la tierra sobre la que en otro tiempo reinó tu abuelo Alceo, en cuyo honor recibiste tu antiguo nombre. Allí te pondrás sin más preguntas al servicio de Euristeo, su rey actual, y cumplirás cada uno de los trabajos que te ordene.

Hércules acercó el rostro al del sacerdote.

—Ten el valor de mirarme a la cara para darme tan ingratas noticias, viejo— le espetó.

El anciano alzó la vista y dejó que la luz bañara sus ojos muertos. Hércules comprendió que estaba ante un hombre ciego, con el rostro arrugado por el paso de los años. Un fogonazo de piedad quemó su ánimo y relajó su tensión.

—Discúlpame. Euristeo me es especialmente odioso. ¿Qué pretenden los dioses haciéndome su esclavo?

—Las razones de los dioses no son fáciles de saber. Hace mucho tiempo que aprendí a obedecerlos, no a comprenderlos, y harías muy bien en hacer lo mismo. Sin embargo, te diré que en esta ocasión ha sido otra criatura celestial la que ha hablado por boca de Apolo.

—¿Qué quieres decir, anciano?

—Tienes una poderosa enemiga. Zeus es tu padre, pero tu madre no es Hera, y esto basta para que os odie a ti y a tu verdadera madre. Por eso te ordena obediencia, algo que tu nombre se encargará de recordarte siempre. No está irritada solo por la ofensa que para ella supone tu existencia; la has agraviado con tu comportamiento excesivo tras cada una de tus victorias, así que te ha inducido a cometer

un crimen que exige una expiación: someterte a Euristeo, el hijo de Esténelo, el hermano de tu abuelo Alceo.

El sacerdote hizo una pausa antes de añadir:

—Pero el dios Apolo no solo te anuncia desgracias y penalidades.

Hércules, sorprendido, miró al sacerdote, cuyos inexpresivos ojos parecieron irradiar una chispa de luz.

—Tu padre ha velado por ti, aunque no te hayas dado cuenta. Las pruebas y trabajos que te esperan liberarán tu alma y te ayudarán a comprender mejor cuanto acontece en el ancho mundo. A cambio, Apolo y Atenea, hijos de Zeus, te prometen una recompensa que quizá te pese incluso más que los sufrimientos que has de soportar.

Hércules no pudo contenerse.

—¿Qué me prometen? —gritó—.

El anciano adoptó un tono solemne, consciente de la sombría profundidad de la palabra que iba a pronunciar:

—La inmortalidad.

◦◦◦

Hércules estaba ya en el territorio de Nemea. Había caminado con placer desde Micenas, apenas una jornada hacia el norte, hasta vislumbrar la aldea, tendida sobre un valle rodeado de cumbres verdes cuajadas de olivos y arbustos aromáticos. Aspiró el perfume de las plantas, disfrutó del hermoso paisaje durante el corto trayecto y, con la noche avecinándose, detuvo sus pasos para contemplar el inquietante rostro de la luna llena. Le habían dicho que las manchas que podían verse en su superficie formaban el rostro de un león, del gigantesco león al que debía dar muerte según la orden

de Euristeo. Todavía recordaba el temblor de sus manos, la angustia de sus ojos, el triste semblante de aquel hombre pusilánime, enfermizo y cobarde al que se veía obligado a obedecer.

Era su primera prueba. Caminaba despacio, ensimismado, increíblemente tranquilo, porque de nuevo era capaz de proyectar ante él una vida con sentido. Se detuvo un momento y fijó sus ojos en la luna tratando de ver en ella los rasgos de una fiera. Percibía la brisa de la noche, el rumor de los árboles, las voces de las criaturas que pueblan las tinieblas. Pero no vio el rostro del león dibujado en la luna.

Al cabo de un rato encontró un sendero que parecía reciente. La luz de una hoguera palpitaba cerca del camino y le pareció oír el balido de una cabra. La posibilidad de compartir algo de conversación y de comida reconfortó su ánimo e hizo que avivara el paso.

La hoguera ardía junto a una cabaña modesta a cuya puerta estaba sentado un hombre.

—Bienvenido a mi casa —dijo—. Mi nombre es Molorco. No puedo ofrecerte gran cosa, pero si lo deseas, repartiré contigo lo que tengo y te daré cobijo esta noche.

—Gracias —respondió el visitante—. Aceptaré con gusto tu hospitalidad. Mi nombre es Hércules, y vengo de la cercana Tirinto.

—Sé quién eres. Solo un hombre como tú puede enfrentarse a la bestia. Ojalá puedas librarnos de su azote.

Le ofreció un cuenco de caldo caliente. Hércules bebió con ganas y se sintió reconfortado.

—¿Has visto al león alguna vez? —preguntó entretanto.

—Sí —dijo el pastor—. Vi sus ojos de sangre, sus fauces babeantes y oí su atroz rugido el día en que devoró a mi hijo.

Hércules dejó de comer y lo observó con gesto de piedad.

—¿Sabes dónde se oculta? Si me ayudas quizá pueda convertirme en el vengador de tu infortunado hijo.

—Será difícil que sobrevivas si te encuentras con él. No es un león, es un monstruo, hijo y hermano de monstruos. Es el azote de esta comarca: devora a sus habitantes, contamina la tierra con su orina y sus excrementos.

Molorco se levantó y desapareció detrás de la casa. No dijo dónde iba ni qué se proponía hacer. Hércules esperó apurando el caldo hasta que el pastor apareció de vuelta con un carnero en los hombros.

—Es lo único que tengo, pero voy a inmolarlo y a compartirlo contigo. Es lo mínimo que puedo hacer para honrar al hombre que va a enfrentarse al asesino de mi hijo.

Hércules se sintió conmovido con su generosidad.

—No lo hagas, Molorco. Agradezco tu hospitalidad y me basta tu intención. Sé muy bien el dolor que causa la muerte de un hijo, más terrible aún cuando es asesinado. El deseo de venganza nunca desaparece del corazón de un padre, aunque sepa que el desquite es imposible. Guarda ese carnero durante veinte días y, si transcurrido ese plazo no he vuelto, dame por muerto y sacrifícalo a Zeus en mi memoria. Cuando su sangre empape la tierra sabré que habrás honrado mi recuerdo.

Partió al alba. Molorco lo observó salir de la casa con sus armas y no pudo evitar pensar que no habría de volver a verlo. Cuando Hércules estaba ya lejos, ató el carnero cerca de la puerta y lo roció con un poco de agua, como si fuese ya la víctima dispuesta a morir en memoria del iluso que un día se sintió capaz de vencer al león de Nemea.

Durante días Hércules anduvo tras la fiera. Aguzando sus sentidos, siguió rastros y merodeó por los lugares en los que todavía se adivinaban sus macabros vestigios. Sin descanso buscó en colinas, valles y cárcavas, pero todo fue inútil hasta que una tarde, antes de que el ocaso tiñera de rojo el horizonte, escuchó un rugido. Al fin, oteando desde lo alto de una colina, lo vio entre los matorrales que cubrían el valle. Era enorme y, a pesar de la distancia, podía advertir su olor: una mezcla de sangre, humores y carne putrefacta. Decidió seguirlo a distancia, convencido de que el propio animal lo conduciría hasta su guarida.

El sol comenzaba a sumergirse cuando descubrió la entrada de la gruta. La fiera penetró en ella despreocupada, sin sospechar la presencia del hombre que la espiaba. Una vez dentro, Hércules notó que el hedor era insoportable: desperdigados por todas partes, los restos de los cadáveres se confundían con excrementos, jirones de ropa y fragmentos de armas que daban a la cueva la apariencia de una extraña mina de metales ya forjados. Se movía con sigilo, con la esperanza de sorprender al felino mientras conciliaba el sueño.

El olor estuvo a punto de hacerlo vomitar. Esperó un momento dejando que sus sentidos se adaptaran a la semioscuridad y vio al animal durmiendo sobre un lecho de hierba seca. Pensó que tenía una oportunidad única de matarlo, y decidió atacar sin vacilar.

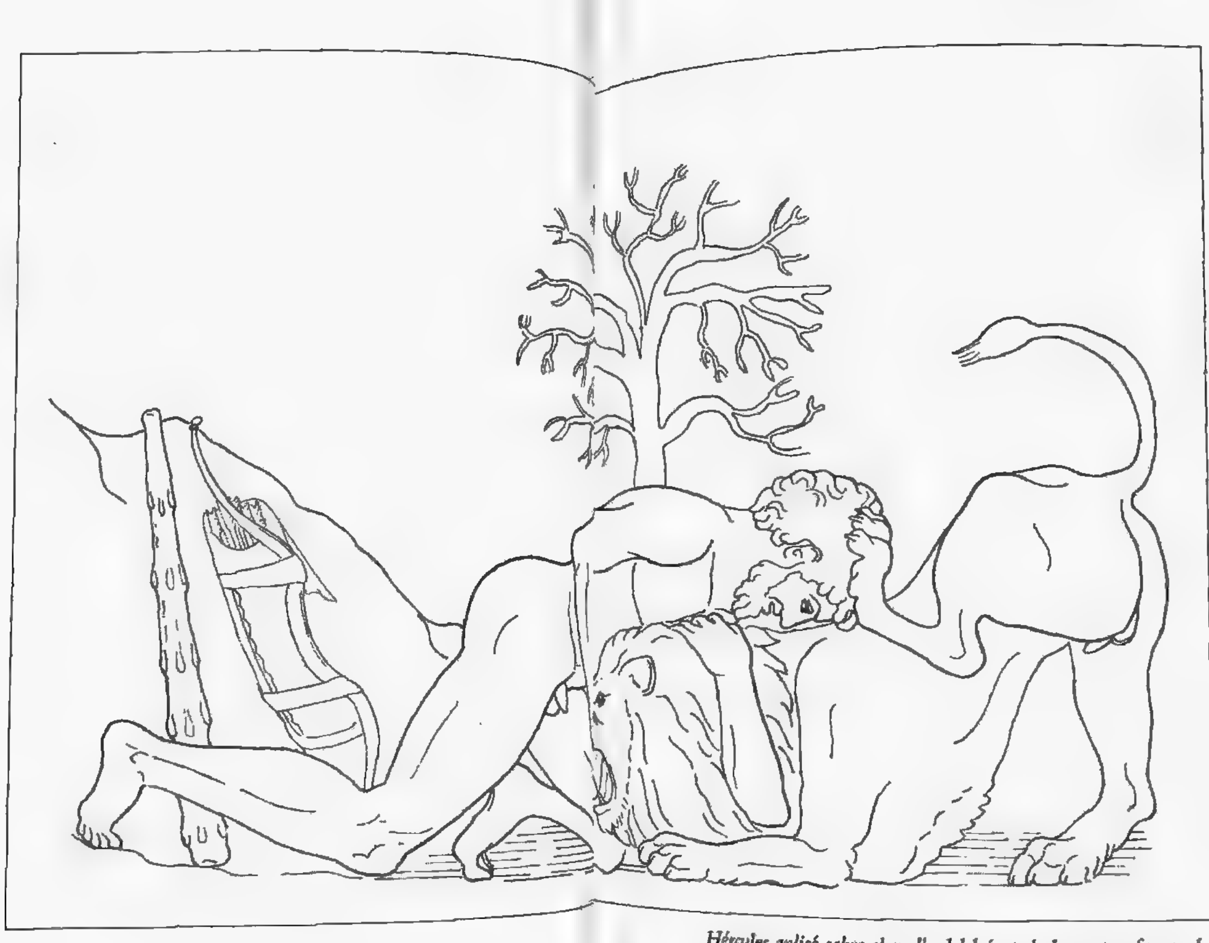
Un chasquido metálico resonó en el interior del antro mientras la primera flecha volaba hacia el cuerpo del león. Mas la punta no penetró en su piel, sino que, despedida como una lasca lisa sobre el agua, se clavó en la pared de piedra con un ruido sordo. Fue ese sonido lo que despertó a la fiera

que, aturdida todavía por el sueño, olisqueó el aire mientras Hércules observaba los restos de las armas quebrantadas que tachonaban el suelo y comprendía que la piel del león era invulnerable. Embistió de frente con la espada, confiado en la fuerza de sus brazos, y descargó contra la cabeza de la bestia un mandoble terrible; pero no hubo tajo, no brotó la sangre, solo el ruido metálico del bronce haciéndose añicos.

Un rugido espantoso atronó el espacio. La fiera, ya en guardia, inclinó levemente el cuerpo hacia atrás con la intención de saltar sobre el intruso, pero Hércules actuó con rapidez y descargó un nuevo golpe con su maza. La cabeza del arma se rompió en pedazos, el mango se astilló y los brazos y las manos del héroe vibraron con violencia. Esta vez el animal pareció quedarse aturdido un instante. Fue el momento decisivo.

Hércules saltó sobre él antes de que se repusiera por completo. Montado sobre su espinazo, colocó el antebrazo derecho sobre su garganta y aferró la muñeca con la otra mano. Sobre el cuello del león aplicó toda la enorme fuerza de sus músculos, y el animal sintió la presión de una montaña. Saltó, rodó por el suelo intentando zafarse del brutal abrazo, pero Hércules no cedió.

La respiración del animal se hizo más agitada, sus rugidos se fueron ahogando, la tensión de su cuerpo fue perdiendo fuerza y, poco a poco, el hálito de su vida se fue apagando. El cuello de la bestia se dobló como la rama de un ciprés quebrada por el viento, sus miembros se aflojaron y todo su enorme cuerpo pareció convertirse en el blando recipiente de sus huesos. El héroe contempló a la fiera muerta a sus pies y lanzó un grito de victoria que resonó entre los valles y las



Hércules aplicó sobre el cuello del león toda la enorme fuerza de sus músculos, y el animal sintió la presión de una montaña.

montañas. Tocó la masa inerte y notó la extrema dureza de su piel, su hirsuto pelo.

Desolló al animal con sus propias garras, la única arma capaz de cortar su pétrea piel. Con un sentimiento pleno de triunfo, encendió fuego junto a la entrada, puso a secar el pellejo y se recostó esperando ver en el cielo de la noche algún rastro de Zeus, su padre.

⋄⋄⋄

El viejo Molorco no fue capaz de reaccionar cuando tuvo a Hércules delante de sus ojos. Estaba a punto de terminar el vigésimo día desde su partida y había decidido cumplir su promesa sacrificando el carnero al padre de los dioses. Quedó estupefacto al encontrarse con el héroe enfundado en la piel de la alimaña, utilizando su cabeza como casco, sus dientes a modo de guirnaldas.

—Tu hijo está vengado —dijo—. Puedes descansar y decir a todos los que te encuentres que Hércules, el hijo de Zeus, os ha librado de la fiera. Sacrifica el carnero a mi padre y haz que la ceremonia se repita todos los años. Con el tiempo todos los griegos celebrarán aquí, en Nemea, juegos que recuerden mi hazaña.

Molorco asintió inclinando la cabeza, convencido de que estaba hablando con un dios. Volvió a darle cobijo aquella noche, para que pudiera descansar después de la refriega.

Más tarde, cuando el gran Hércules estaba dormido, el viejo pastor dirigió sus cansados ojos al cielo. Sobre el negro tapiz de la noche, creyó ver que un grupo de estrellas se movía adoptando la figura de un león y que la luna detenía un momento su carrera. Sobre su superficie, las sombras se

desdibujaron y un racimo de gotas se desprendió y voló sobre el espacio formando lágrimas de luz, como si Selene, igual que él, llorara la pérdida de un hijo.

⋄⋄⋄

Euristeo no podía creer la noticia. Había esperado pacientemente, convencido de que habrían de traerle el cadáver destrozado de Hércules y, sin embargo, un mensajero le había anunciado que el hijo de Alcmena se acercaba a la ciudad con la piel del león de Nemea colgando sobre sus hombros. De nuevo un temblor incontrolable se apoderó de su cuerpo.

Los gritos de la gente llegaban hasta el palacio magnificados por el eco de las imponentes murallas que rodeaban la acrópolis de Tirinto. El pueblo, agolpado en las calles, festejaba la hazaña del nuevo Alcides, al que todos llamaban ya Hércules. Gritaban enfebrecidos adoptando una actitud de reverencia y respeto.

Cuando entró en el recinto amurallado, Hércules buscó el patio sobre el que se asentaba el palacio de los reyes de Tirinto, ocupado en esos días por el miserable Euristeo. Se detuvo frente a la puerta y gritó:

—¡Euristeo!

Dentro, el rey seguía temblando. Sus iguales, los nobles griegos de Tirinto, se miraban azorados, sin saber qué hacer, aturdidos por la vergüenza que les producía la actitud de su rey.

—¡Euristeo! —se oyó otra vez.

Un resto de dignidad le impelió a moverse. Con paso vacilante se dirigió hacia la puerta; sus carnes flácidas se tambaleaban y las gotas de sudor surcaban su frente.

—¡Euristeo!

El rey llegó a la puerta como un preso que ve la luz del sol después de un largo período de confinamiento; cuando notó que el calor del sol acariciaba su cara, abrió los ojos despacio. Entonces lo vio. En medio del patio, asentado sobre sus piernas entreabiertas como un sólido edificio sobre sus columnas, había un hombre de imponente presencia, de músculos perfectamente dibujados, rostro curtido por el sol y los vientos, mirada intensa impenetrable; sobre su cabeza, como el casco de un titán, estaba colocada la cabeza del león, cuyos ojos vidriosos parecían observarlo todavía con un resto de vida. Los dientes de la fiera enmarcaban la frente de Hércules dándole un aspecto atroz, su rostro expresaba calma y arrojo a la vez. Euristeo se fijó en su fuerte pecho, donde anidaba el fleco de un viejo rencor que se remontaba mucho tiempo atrás, muchas generaciones de hombres.

Con un gesto majestuoso, Hércules se quitó la piel del león, la arrojó a sus pies y dijo:

—He cumplido tu mandato, rey. Aquí tienes la prueba irrefutable. Imagino que disfrutas de tu miserable poder sobre mí. No quiero perder el tiempo hablando contigo, no quiero permanecer en esta tierra en la que vivieron mis antepasados mientras tú seas su rey. Dime cuál ha de ser mi siguiente trabajo.

Las palabras de Hércules golpeaban el rostro de Euristeo como una lluvia de piedras. El rey respiró hondo, intentando recuperar el aliento y, cuando lo hubo conseguido, dijo:

—Yo también seré breve, Hércules. No tendrás que ir muy lejos para cumplir tu próximo trabajo. Muy cerca de aquí, hacia el sur, junto a la séptima boca del río Amimone, vive un ser al que muy pocos han podido ver. Frecuenta la insondable

ciénaga de Lerna, de aguas pestilentes y densas. Los nativos del lugar la llaman hidra, y se dice que es hija de otras dos criaturas que, vencidas por los dioses, yacen hoy entre las nieblas del Tártaro.

Agotado por el esfuerzo de aparentar serenidad, Euristeo bajó la vista, incapaz de resistir más tiempo la mirada de Hércules, y, con el resto de arrojo que le quedaba, añadió:

—Se dice que el monstruo fue criado por la propia Hera.

Hizo una pausa, y Hércules sintió un punto de preocupación. Pasados unos instantes, el rey continuó:

—Alrededor de la ciénaga las mujeres realizan ceremonias muy antiguas que pertenecen a tiempos que deben desaparecer. Tu misión será matar a la hidra. Quizá así tales ritos se olviden para siempre.

No dijo nada más. Se volvió sobre sí mismo y aceleró el paso buscando la seguridad del interior de su palacio.

Mientras, un silencio espectral inundó el patio, como si las palabras de Euristeo hubiesen sido una sentencia de muerte. Hércules pareció quedarse petrificado; había oído desde pequeño las historias de la terrible hidra, cuya descripción variaba según el narrador. Dejando que las palabras de Euristeo se asentaran en su cabeza, volvió a echarse la piel del león sobre los hombros y se dirigió hacia las puertas de la ciudadela. En su rostro había tal determinación que los ciudadanos se apartaban a su paso, incapaces de saber si aquellos ojos, aquel mentón, la luz que reflejaba aquella piel, eran propios de un ser humano.

En el interior del palacio, un artesano cautivo, traído de la lejana isla de Creta, se afanaba por dar forma a una peculiar vasija. A su lado había otros esclavos, cretenses como él, que

dibujaban sobre trozos regulares de barro extraños signos con los que pretendían llevar las cuentas de todo lo que guardaban los almacenes del palacio. Aquel hombre estaba creando una tinaja enorme, como las que guardaban grano o aceite. Sin embargo, en su interior se había esforzado por dar al barro una capa bruñida con un material que los griegos no conocían. Una y otra vez pasaba la mano por dentro de la enorme pieza, intentando comprobar que nada raspaba, que nada podía arañar su piel.

Ni siquiera el artesano cretense sabía para qué habría de servir aquel enorme recipiente que estaba a punto de terminar. Solo sabía que el propio rey había entrado momentos antes en el taller para exigirle, al precio de su vida, que terminara su obra inmediatamente.

3

Monstruos y centauros

Hércules caminaba con paso firme por el camino que unía Tirinto con Lerna. Mientras avanzaba veía el mar y se preguntaba si alguna vez habría de internarse en sus aguas. La nostalgia lo invadió al contemplar el movimiento de las olas sobre la sinuosa silueta de la costa.

Desde Argos, tomó el camino hacia el sur. El mar del este seguía flanqueando la ruta y su aroma, impregnado en el viento, lo envolvía de vez en cuando. Desde lejos, Lerna parecía un lugar hermoso y tranquilo: las casas reposaban sobre una colina desnuda que caía suavemente sobre el golfo de Argos. Al entrar en la ciudad se fijó en un edificio de aspecto muy antiguo, sin defensas, cubierto por unas tejas grandes de una clase que no había visto en ningún otro lugar.

Mientras deambulaba por las callejas se sintió cansado y con el ánimo abatido por la obligación que lo arrastraba por el mundo. Un olor a humo de leña llamó su atención.



En un recodo del camino se distinguía la fachada de una casa que servía de hospedaje a los escasos viajeros. Se acercó a la puerta y llamó. Enseguida un hombre de aspecto macilento se asomó por una rendija y, sin decir palabra, le abrió la puerta. En el interior, el bullicio cesó de inmediato cuando los presentes observaron la silueta del hombre que acababa de aparecer en el miserable cubículo que servía de comedor. Hércules comprendió que la noticia de su hazaña había llegado hasta allí e imaginó que todos conocían el lugar al que se dirigía.

—Seguid bebiendo —dijo—. Y dejad que yo haga lo mismo —ordenó. Dejó sus armas a su lado y acercó la jarra de barro para servirse un vaso de vino. Entonces notó que alguien se le acercaba por la espalda y que se detenía muy cerca de él. Estaba a punto de levantarse cuando un hombre se sentó a su misma mesa, frente a él.

—¿Puedo sentarme a tu lado, tío?

La voz de Yolao sonó más grave de lo que recordaba, pero le resultó inconfundible. Se levantó sin saber qué hacer, sorprendido y azorado, escudriñando en el rostro del joven alguna señal que delatara la razón de su presencia. Sin tener muy clara cuál sería la reacción, extendió los brazos para acogerlo en ellos. Para su sorpresa, su sobrino respondió de modo favorable. Ambos se abrazaron con fuerza, aunque Hércules notó tensión en el cuerpo del muchacho.

—Yolao —dijo Hércules apartando al hijo de su hermano—, ¿qué haces aquí?

—Sé cuál es tu próximo trabajo y te he seguido desde lejos, sin que te dieras cuenta. He decidido acompañarte, si aceptas mi ayuda.

La respuesta de Yolao intrigó a Hércules, pero no pudo resistirse a interrumpirlo con una pregunta:

—¿Cómo están Mégara y mi hermano?

—Mégara creo que es feliz —dijo Yolao bajando la vista—. Vive tranquila, aunque el dolor por la muerte de sus hijos es una herida que no cerrará nunca. En cuanto a tu hermano, está deseando verte.

Habló deprisa, intentando librarse de la angustia que la conversación le producía.

Hércules agradeció la concisión en las palabras del muchacho. Con ánimo de tranquilizarlo, decidió no preguntarle nada más. Se sintió aliviado; la presencia de Yolao calmaba su soledad y lo hacía viajar en paz hacia el pasado. Sin poder evitarlo, quiso creer que podía significar el perdón de su familia, especialmente de Mégara, y una chispa de tranquilidad iluminó su ensombrecido ánimo. Sin embargo, la preocupación por la seguridad de su sobrino hizo variar el rumbo de sus pensamientos.

—Es demasiado peligroso, Yolao —dijo sin demasiada convicción.

El joven percibió que su presencia serenaba el semblante de su tío y decidió seguir hablando con pasmosa naturalidad, como si los sucesos del pasado no hubieran ocurrido nunca.

—No lo lograrás sin mi ayuda —dijo—. Déjame que me explique. Conocí en Argos a un anciano que sobrevivió al ataque de la hidra escondiéndose entre los cadáveres del ganado. Todavía temblaba al recordarlo. Me dijo que tiene la piel parecida a la de un lobo, de pelo hirsuto y maloliente, y que de su cuerpo nacen nueve cabezas, ocho mortales y una, de aspecto áureo, inmortal. Con el gesto aterrorizado,

me explicó también que de nada sirve cortar sus cuellos, pues, una vez cercenados, brotan de nuevo dos cabezas en el lugar en el que antes había solo una.

Yolao guardó silencio, meditabundo, y después añadió:

—Creo que sé cómo matarla.

Hércules, asombrado y complacido, invitó a su sobrino a continuar hablando.

—Para empezar, debemos tapar nuestras narices con un pañuelo húmedo, perfumado con algo que impida que la pestilencia que desprende la hidra nos sofoque. Cuando te enfrentes a ella y le cortes cada una de las cabezas, yo cauterizaré las heridas de sus cuellos con tizones ardiendo para que no vuelvan a reproducirse —dijo el chico.

Hércules contemplaba al hijo de su hermano con los ojos muy abiertos. Había pasado muy poco tiempo desde que lo había dejado atrás en Tebas y, sin embargo, tenía la impresión de que se hallaba ante un hombre maduro, sereno, valiente. Lo imaginó junto a Mégara y sintió una punzada de nostalgia en el pecho. Tomó las manos de su sobrino y las apretó con fuerza. Pidió al posadero un lugar en el que pasar la noche. Antes de que la luna estuviera en lo alto del cielo los dos dormían profundamente, como si sus cuerpos quisieran colmarse de fuerza ante la tarea que los aguardaba.

El sol comenzaba su carrera cuando localizaron, junto a una de las bocas del río Amimone, al lado de un gran plátano, la entrada de la guarida de la hidra. De inmediato se cubrieron el uno al otro parte de su rostro y su nariz con trapos empapados en una mezcla de aceite y plantas aromáticas que les había proporcionado el propio posadero. Se acercaron despacio, contra el viento, y tomaron posiciones.

Entonces Hércules sacó varias flechas del carcaj, las untó con líquido inflamable, y prendió sus puntas con fuego.

Una tras otra, las flechas penetraron en el interior de la gruta. El humo no tardó en percibirse, a la vez que un sonido sibilante que parecía nacido de las lenguas de muchas serpientes inundó el valle. Hércules desenvainó su espada y miró a su sobrino.

—Permanece atento, Yolao. No quiero perderte ahora que te he vuelto a encontrar.

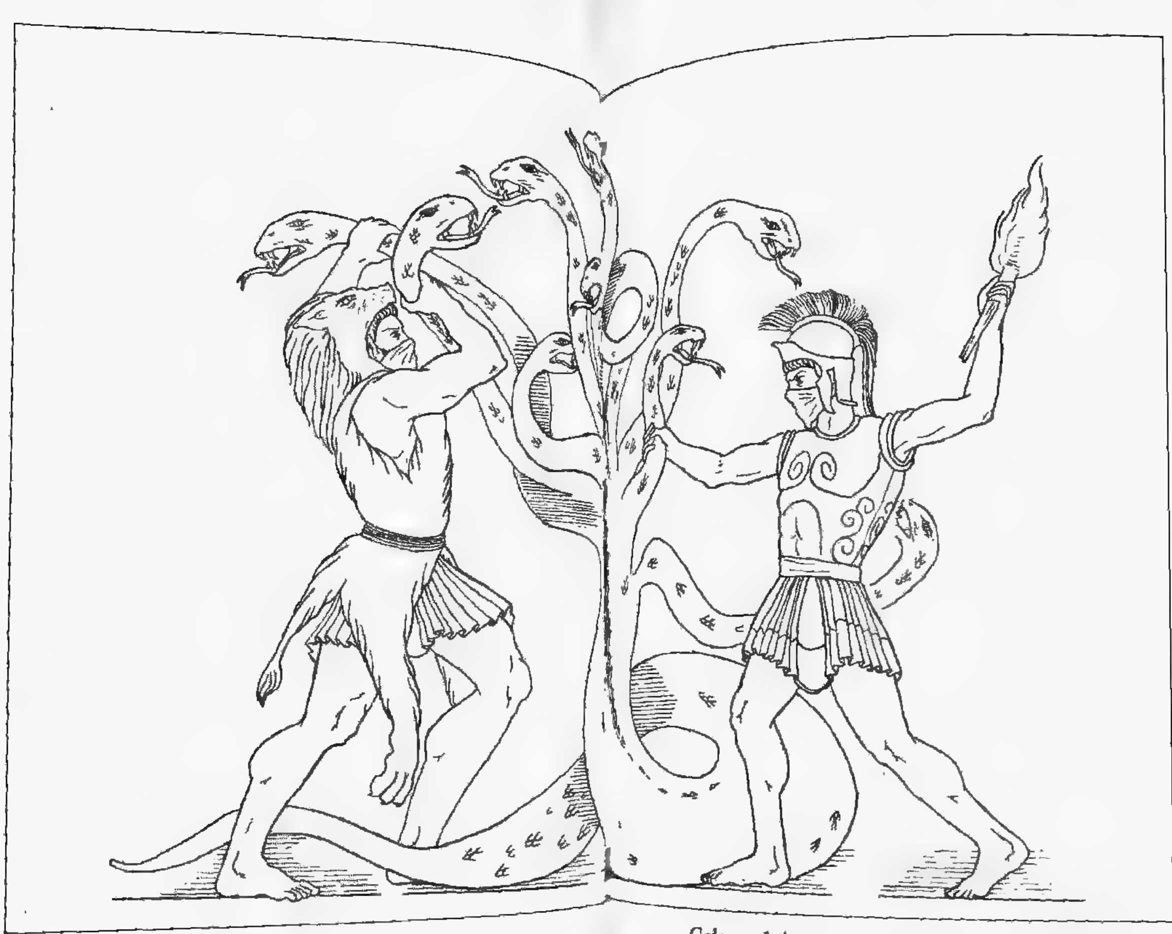
Pero no hubo tiempo para más palabras. La hidra asomó primero sus cabezas, enloquecidas, encolerizadas, antes de mostrar su cuerpo lobuno impregnado de un verdín viscoso y húmedo, adherido a su piel en las profundidades del pantano de Lerna. Cada una de sus nueve fauces exhalaba un aliento mortal que asfixiaba a las aves y marchitaba las flores y plantas, y sus ojos, desorbitados y sanguinolentos, lo escudriñaban todo.

De un salto, Hércules se aferró a uno de sus cuellos. Sorprendida, la fiera se agitó convulsamente, intentando deshacerse del abrazo del hombre que se había lanzado sobre ella. Sin darle tregua, el héroe propinó un tajo con su espada y una de las cabezas rodó por el suelo, sibilante todavía. Cuando el cuello mutilado se inclinó hacia delante, Yolao quemó la herida con el tizón incandescente, y un humo negro, espeso, brotó del monstruoso muñón. El cuello quedó inmóvil.

Hércules y Yolao fueron inutilizando una a una todas sus cabezas. Se movían con la rapidez de dos felinos que acechan, atacan y matan con la precisión de un solo ser, y, en unos instantes solo la dorada cabeza inmortal seguía viva.







Cada una de las nueve fauces de la hidra exhalaba un aliento mortal, y sus ojos sanguinolentos lo escudriñaban todo.

La hidra, furiosa, se agitó terriblemente y derribó a Yolao. Levantó entonces su cuello mientras abría sus enormes fauces destilando una saliva espesa y amarillenta de la que se desprendía un vapor del color de la sangre. En ese momento saltó Hércules sobre el único cuello vivo del monstruo, y blandió la espada de nuevo.

La cabeza de la hidra cayó al suelo y todo su cuerpo se desplomó de repente presa de un espasmo salvaje. El héroe agarró del brazo a Yolao, todavía aturdido por el golpe, y lo levantó del suelo. Tomaron piedras enormes y, entre los dos, golpearon con saña la cabeza de la bestia, que, poco a poco, fue convirtiéndose en una masa rosada de huesos y carne.

—Cavemos una fosa —dijo Hércules a su sobrino—. Enterraremos estas piltrafas para que palpiten eternamente bajo el suelo de Lerna.

Mas antes de hacerlo, excitado por la victoria, mojó las puntas de sus flechas en la sangre y los humores de la hidra, para hacerlas más letales aún en los combates que se avecinaban.

Abrazó preocupado a su sobrino. Había visto al muchacho luchar a su lado con más bravura que muchos hombres que pasaban por ser consumados guerreros, pero también lo había visto caer al suelo en medio de la refriega. Un sentimiento de temor atrapó su ánimo mientras lo apretaba contra su pecho y le decía suavemente:

—Me siento orgulloso de ti, Yolao. Sé que no me equivoqué al entregarte a mi esposa y que serás tan leal con ella como lo has sido conmigo.

Por la noche, alrededor de la pira en la que todavía humeaban los restos de la hidra, un grupo de mujeres se había

reunido al abrigo del gran plátano que custodiaba lo que hasta entonces había sido su cubil. Musitaban extrañas letanías, estrofas monocordes que pronunciaban en una lengua antigua. A su lado, debajo de un cúmulo de piedras, un siseo, un suspiro intermitente, entrecortado, parecía provenir del interior de la tierra.

◇◇◇

Dentro de la habitación de Euristeo había una gran tinaja. Estaba decorada con símbolos extraños, escritos en el idioma de la antigua Creta, que ni el propio rey era capaz de entender. La observaba con calma, acariciando su interior, y giraba a su alrededor admirando en silencio la habilidad del esclavo que la había torneado.

Había llegado la esperada noticia: Hércules había matado a la hidra. De nuevo la ciudad se preparaba para recibirlo como a un héroe y, de nuevo, él sentía que su cuerpo se estremecía ante la posibilidad de tener que verlo otra vez, pero había ideado un modo ingenioso de evitarlo.

Hizo una seña a los dos esclavos que lo acompañaban. Los miró con desprecio mientras se acercaban, lo cogían en volandas y lo introducían en el interior de la gran vasija. No temía que lo delataran, pues eran sordos y mudos desde la niñez; lo que lo aterraba era que Hércules averiguara, por algún medio, el lugar que había ideado para esconderse.

—El rey está indispuesto y no puede venir —dijo Copreo, el heraldo real—. Me ha encargado que te diga lo siguiente: en primer lugar quiere que sepas que no considera cumplido el trabajo que te ordenó; has matado a la hidra,

pero no lo has hecho solo, sino con la ayuda de Yolao, el hijo de tu hermano.

Un rumor recorrió el patio del palacio. Hércules apretó los dientes. Observó al servidor de Euristeo, débil pero altivo, con ojos pequeños, y una boca apenas dibujada sobre su rostro, que le daba el vago aspecto de una rata. Furioso, gritó:

—¡Euristeo! ¿Dónde te ocultas, cobarde? ¿Ni siquiera eres capaz de hablar conmigo?

La voz de Hércules resonó como un trueno en medio de una tormenta. Oculto en la vasija, Euristeo, con los ojos cerrados y los dedos taponando sus oídos, no oyó el estruendo. Su cuerpo tiritaba, gotas de sudor se deslizaban por su frente. Por un momento pensó que estaba dentro de una tumba.

—Es inútil que lo llames —dijo el mensajero—. No vendrá. Tiene otros asuntos que atender. Tendrás que escucharme, Hércules.

El héroe miró a Copreo con desprecio.

—Deberás ir al monte Erimanto, en Arcadia. Allí vive un jabalí gigantesco que asola la tierra. El rey te ordena que traigas vivo al monstruo. Y te ordena también que esta vez lo hagas solo.

No dijo nada más. El mensajero se marchó hacia el interior del palacio y desapareció detrás de las puertas de bronce.

Hércules respiró hondo. Miró a su sobrino, que esperaba detrás de él.

—No puedes acompañarme. Vuelve con tu esposa y cuida tu hacienda. Sabrás de mí.

Puso su mano encima del hombro de su sobrino, apretó sus dedos en un gesto de calor y camaradería, y se fue. Yolao no

dijo nada, no intentó nada. Contempló la imponente figura de Hércules saliendo de la ciudad amurallada de Tirinto.

ooo

El monte Erimanto era uno de los más altos del sur. Buena parte del año las nieves cubrían su cumbre y sus laderas, escarpadas, rocosas. En los valles que lo rodeaban se escondía el enorme jabalí.

—Sus colmillos son iguales que la luna; lo he visto rugir y alzar la cabeza con el negro cielo de la noche como único paisaje. Entonces se diría que el astro hiciera que su luz fuera reflejada por esos caninos desmedidos. No te envidio, extranjero.

La luz de la hoguera daba al rostro huesudo del centauro un aspecto de estatua de bronce. A su alrededor, las sombras de los objetos se proyectaban sobre las paredes de la gruta como un coro de fantasmas. Cortó un trozo de carne cruda, se lo echó a la boca casi con desgana y se dirigió a Hércules.

—Desde tiempo inmemorial los herederos de los señores de esta tierra combaten entre sí por la herencia de sus padres. El vencedor suele disfrazarse de jabalí y pasar una noche alrededor de estos montes como prueba de valor y habilidad para sobrevivir.

Folo hablaba con calma. Era un centauro especial y, junto con Quirón, no se parecía en nada al resto de sus congéneres.

Nacidos de Ixión y Néfele, los centauros eran seres insólitos, mitad hombre, mitad caballo. Sus cuatro patas eran de équido, pero su torso, cabeza y brazos, humanos. Alejados de todo contacto con la civilización, vivían en montes



y bosques, se alimentaban de carne cruda y sus costumbres eran propias de animales salvajes. Hombres y mujeres evitaban el contacto con ellos, atemorizados por sus rabiosos gruñidos y por su violenta e impúdica naturaleza.

Sin embargo, Folo y Quirón tenían temperamentos y orígenes distintos a los del resto de los centauros; no se comportaban con la brutalidad de sus congéneres, eran hospitalarios, amables y benévolos, y albergaban en su corazón nobles sentimientos.

Hércules y Folo tenían sus ojos fijos en el oscilante vaivén de las llamas y oían con placer el crepitar de la carne que estaba asándose al fuego.

—¿Nadie ha intentado nunca matar al jabalí? —preguntó el héroe.

—Muchas veces. Pero todo el que ha probado a cazar a esa fiera ha terminado muerto.

Puso una pieza de carne ya cocida sobre un trozo de madera pulida y se la ofreció a su huésped mientras él se reservaba un pedazo crudo. A pesar de la conversación, de la aparente calma con la que todo discurría y la amabilidad con la que lo había acogido el centauro, Hércules tenía la sensación de que estaba en presencia de un ser de otro mundo. Levantó la vista de la lumbre y preguntó si tenía algo de vino. La criatura pareció dudar un segundo. Un gesto de leve incomodidad cruzó su rostro antes de contestar.

—Tengo una tinaja llena, pero pertenece a todos los centauros. Nos la regaló Dioniso hace tiempo y nos advirtió que no la empezásemos hasta que Hércules fuera nuestro huésped; creo que es lo único que no puedo ofrecerte —añadió.

—Entonces no tienes nada que temer. Abre la tinaja sin miedo y compartamos un trago de vino.

Folo se sintió desconcertado. Trató de decir algo, disculparse por no haber sido capaz de reconocer al héroe, pero Hércules lo exculpó con un gesto. El centauro estiró sus cuartos delanteros y se levantó de un brinco, desapareciendo en el interior de su gruta en busca de la tina.

El líquido, rojo y espeso, brilló con los mismos tonos del fuego y un olor agradable se esparció por la cueva. Se sirvieron en un cuenco de barro y compartieron de buen grado aquella bebida que, poco a poco, llenó de calor sus cuerpos y de imágenes sus recuerdos. En aquella gruta flanqueada por el monte Erimanto y caldeada por las lenguas doradas del fuego y las evocadoras sensaciones convocadas por el vino, Hércules experimentó la cálida caricia de la tranquilidad.

Pero no duró mucho. Cuando los primeros embates del sueño empezaban a pegarse a sus miembros, un rumor de pisadas y gruñidos lo alertó.

Hércules se levantó, cogió la maza y el arco, y se asomó con precaución al exterior. Entre las brumas de la noche distinguió la silueta de la luna: suspendida bajo el negro tapiz del cielo, parecía el colmillo de plata de un jabalí azulado. Por un instante percibió la intensa belleza de la noche, que despertó en él la necesidad de conocer los misterios del cielo. Pero fue solo un instante; allí delante, armados con troncos de árboles, hoces, rocas y antorchas, una manada de centauros bullía inquieta, los ojos enrojecidos por una furia irreductible.

Hércules retrocedió unos pasos y con un gesto de su brazo indicó a Folo que se colocara a su espalda. Los centauros



irrumpieron en la cueva como bestias salvajes que han localizado la madriguera de su presa. Un olor agrio se adueñó de la noche cuando el sudor empezó a mojar el cuello de aquellos seres extraños, a los que Hércules contemplaba como una manada de necios. Clavó su mirada en ellos tratando de contenerlos, dándoles la oportunidad de retroceder, de reconocer quién era, pero no hubo lugar para las palabras.

Su presencia detuvo momentáneamente la furia de los centauros, desorientados por su imagen deformada por la luz del fuego. La maza parecía oscilar en su mano y el arco emitía débiles destellos, pequeñas luces perdidas en un mar de sombras. Pero los que acababan de entrar empujaron a los demás: algunos cayeron al suelo; otros, sobre los que tenían delante, y la tensión se reavivó.

Folo se puso a su lado en un movimiento inequívoco. Entonces, repentinamente, dos de ellos se abalanzaron sobre ambos, emitiendo un rugido agudo, chillón, el relincho de un caballo apremiado por el aguijón de un insecto gigante.

El héroe los rechazó con dos teas aún encendidas, y el olor de la carne quemada se mezcló con el hedor que desprendía el cuerpo de las bestias. Los dos centauros cayeron al suelo: el primero tenía, humeante todavía, el tizón clavado en uno de sus ojos; el otro sacudía su cuerpo tratando de aliviar su garganta del horrible fuego que la abrasaba.

Hubo un momento de forzada calma. Los centauros, atónitos, miraban los cadáveres, convulsos aún, de sus dos compañeros caídos. Entonces intentaron cargar sobre su atacante con furia desmedida. Hércules tomó el arco y disparó dos flechas. Dos cuerpos se abatieron como dos rocas clavándose con estruendo en el suelo reblandecido por la lluvia. Espantándose ante aquellos dardos definitivos, el resto de sus compañeros salió huyendo al instante. El héroe empezaba a comprobar el efecto mortífero de los humores de la hidra.

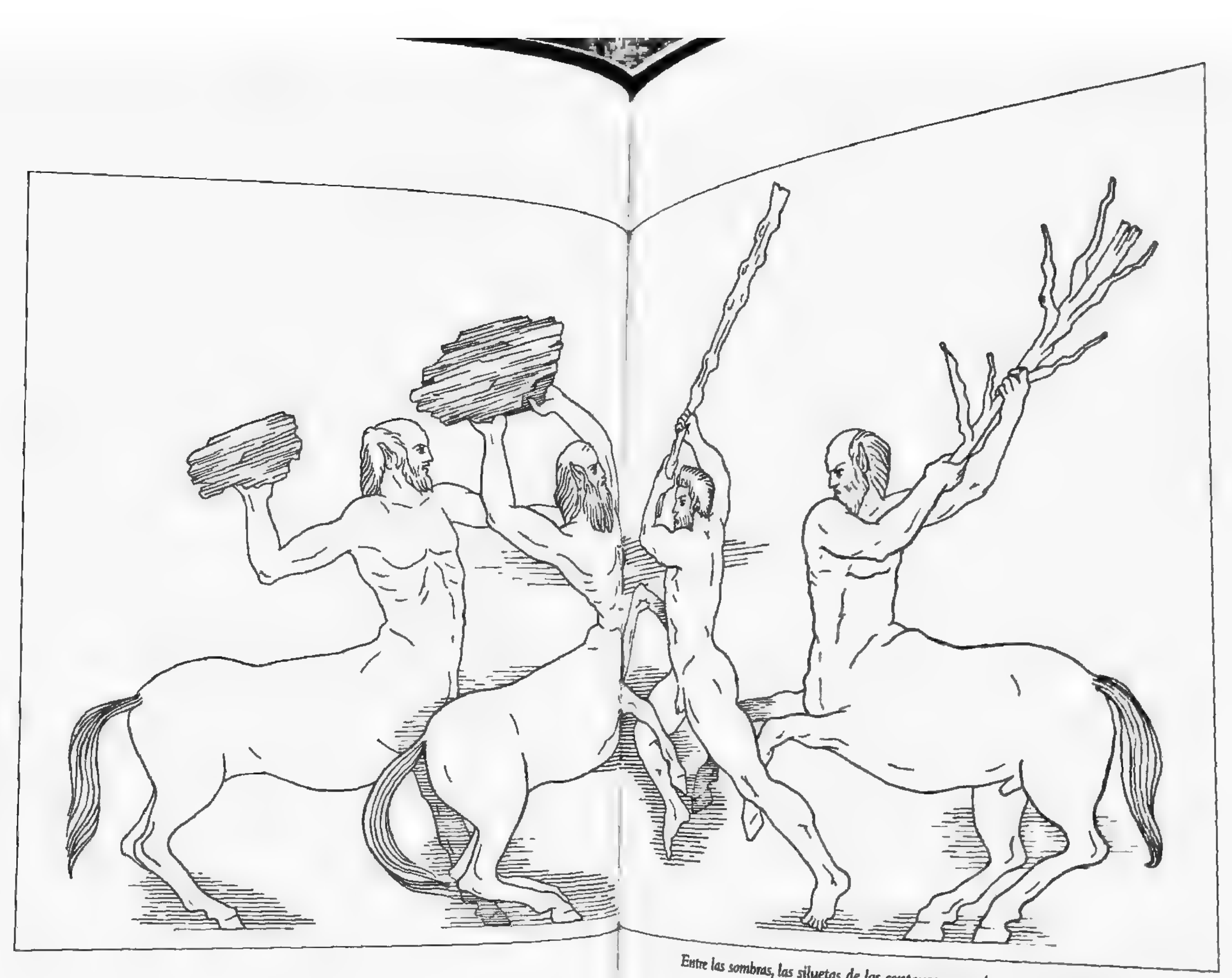
Entre las sombras las siluetas de los centauros al galope parecían espectros surgidos de la tierra. Corrían perseguidos por el hijo de un dios que, fuera de sí, con la determinación que da el exceso de vino, se movía entre los matorrales y árboles con la agilidad de una criatura de la noche.

Mientras corrían, Hércules siguió disparando flechas. Se detenía ante los cadáveres de las bestias que, con las saetas clavadas en cualquier parte de sus cuerpos, se derrumbaban sobre el suelo con estrépito. El héroe extraía los dardos y contemplaba las puntas, emponzoñadas por las secreciones de la bestia de nueve cabezas. Mas, inmediatamente, reanudaba la persecución impulsado por una furia incontrolable.

Corrieron sin parar hacia el sur. Caminos, senderos, atajos fueron hollados por los cascos de los centauros y los pies del hijo de Alcmena. Las ramas se quebraban, la tierra temblaba al paso de las bestias en estampida y los árboles secos se derrumbaban como soldados heridos por los lejanos disparos de un enemigo implacable.

De pronto el bosque terminó, la vegetación se fue haciendo rala y la tierra quedó invadida por el olor del mar. Los centauros hicieron un último esfuerzo, intentando desperdigarse por aquellos parajes abiertos y evitar así los disparos de su sañudo cazador. Hércules los vio desplegarse como un ejército que huye en desbandada y detuvo su carrera intentando recuperar el resuello.

Una bocanada de brisa marina acarició su cuerpo. Levantó la vista, dio unos pasos sobre una pequeña loma y vio



Entre las sombras, las siluetas de los centauros parecían espectros surgidos de la tierra.

el espumoso mar limpio, sin islas, con olas furiosas que, nacidas en el lugar en el que el sol inicia cada día su carrera, viajaban sin obstáculos hasta romper contra los cantiles de esta costa desolada. Estaba sobre el cabo Malea y, de inmediato, supo dónde se escondían sus presas. En un instante recordó que Quirón, el centauro sabio hijo de Crono, juicioso y benévolo, se había refugiado en aquellas remotas tierras tras haber sido expulsado por los lapitas del monte Pelión. Dirigió sus pasos hacia la gruta en que habitaba y, cuando llegó, los demás centauros estaban, como perros asustados, junto a la entrada. No dijo nada, no hizo ningún gesto. Permaneció como una estatua delante de ellos sin apartar su mirada de los ojos de Quirón.

En un instante, todo se desencadenó. A un gesto suyo Quirón se hizo ágilmente a un lado dejando a los demás centauros sin la protección de su presencia y, entonces, una tras otra, las flechas de Hércules fueron completando la matanza.

Con calma, atrapado todavía por el frenesí de la refriega, el héroe comenzó a sacar las saetas de los cadáveres. Sentía el latido del corazón en sus sienes, respiraba agitadamente, aún le temblaba el brazo, dolorido por el esfuerzo de tensar el arco tantas veces sin descanso. Y en ese momento, en medio del inquieto silencio, un leve quejido, un gruñido agudo, contenido, se fue filtrando en su mente.

Vio a Quirón echado en el suelo con una flecha clavada en su rodilla. Se acercó corriendo y se inclinó sobre el centauro en un vano intento por socorrerlo.

—Una de tus flechas me ha herido. Nadie puede ayudarme —dijo Quirón con un hilo de voz.

—Deberías estar muerto. Mis flechas están impregnadas de un veneno mortal.

—Nada puede matarme. —La voz de Quirón reflejaba una tristeza infinita—. La úlcera que me ha causado tu arma me atormentará eternamente, pues sobre mí pesa la maldición de la inmortalidad.

El centauro se levantó despacio, apretó con sus dos manos los hombros de Hércules y desapareció en el interior de la gruta. Las últimas palabras de Quirón se clavaron en la mente del hijo de Zeus que, mudo, veía cómo las sombras envolvían la figura renqueante, igual que el cielo de la noche encubre el vuelo de un ave tenebrosa.

∞

Delante de su cueva, Folo esperaba el regreso de Hércules. Tenía en sus manos una de las flechas y, mientras la contemplaba, se preguntaba cómo algo tan pequeño, tan liviano, podía matar tan deprisa a seres tan formidables. Estaba dándole vueltas al astil sobre sus manos cuando el ruido de unos pasos lo distrajo. La saeta resbaló de sus dedos y se clavó en uno de sus pies. Al instante, la vida abandonó su cuerpo.

Cuando Hércules llegó, solo pudo ver en los ojos de Folo, en un tenue reflejo, como la luz sobre un valle cubierto por la niebla, el sibilante rostro de la hidra.



4

Aves chupadoras de almas

La soledad lo envolvía con el áspero tejido de sus recuerdos. Hacía tiempo ya que estaba al servicio de Euristeo, cumpliendo así la voluntad de los dioses. Se preguntaba si la promesa de la vida eterna podría compensarlo por el cúmulo de sensaciones desgarradoras que, cada noche, se agolpaban sobre el desdichado territorio de su memoria.

Rodeado por la bruma espesa que se desprendía de los pantanos, apareció en la mente de Hércules el rostro de Folo como si estuviera de nuevo delante de él, y la pena lo sacudió. Casi a la vez, la imagen de Quirón asaltó también los límites de su nostalgia. Lo recordaba retirándose a su cueva, retorciéndose a causa de un dolor eterno, implacable; oía sus quejidos, nacidos no del dolor de la herida sino del peso de la inmortalidad.

Mientras la aurora teñía de rosa los hilos de la niebla, Hércules rememoró también el momento en que, tras abandonar

la gruta de Folo, tuvo de frente al enorme jabalí que vivía en las laderas del monte Erimanto. La fiera se quedó un instante inmóvil, calculando la violencia de su ataque. Sus ojos parecían dos antorchas de bronce nacidas en medio de la noche.

El héroe no dudó ni un instante: se lanzó contra él con la furia de un toro. El jabalí percibió el peligro y huyó. Hércules sintió un estremecimiento de frustración, como si aquel animal se comportara igual que el más cobarde de los hombres. Lo persiguió sin desmayo, día tras día, noche tras noche, bajo la lluvia, el sol o la helada. Hasta que, cerca de la cima del Erimanto, lo perdió de vista.

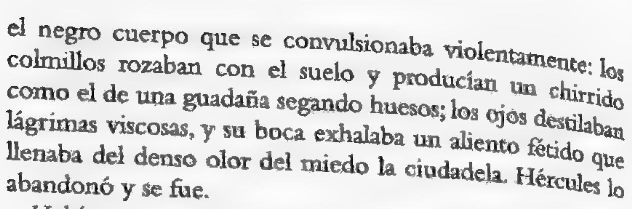
Rastreó cada palmo del terreno y, al fin, junto a una torrentera cubierta de nieve, creyó verlo detrás de un espeso matorral. La respiración agitada del animal resonaba en medio del silencio de la montaña y delataba su presencia. Entonces Hércules se acercó profiriendo terribles alaridos, como si un ejército de bárbaros hubiese asaltado aquel lugar apartado y solitario. Y el jabalí salió de su refugio.

El animal embistió con la fuerza de un ariete y lanzó un terrible ataque con sus colmillos. Hércules vio aquellos dos cuchillos amarillentos abalanzarse sobre él y sintió el hedor que desprendía la boca entreabierta mientras, cayendo al suelo, se hacía a un lado para evitar el tremendo embate. El jabalí no intentó revolverse contra él. Se lanzó hacia la ladera tratando de huir de nuevo. Mas, agotado ya, su enorme cuerpo se hundía en la nieve a cada paso. Al fin, resoplando como la fragua de un herrero, se quedó quieto, resignado, rendido.

Hércules llegó a Tirinto con el enorme animal sobre sus hombros. En medio del ágora lo dejó caer al suelo y la gente se arremolinó alrededor. Todos contemplaban con asombro



Llegó á Tirinto con el enorme animal sobre sus hombros y lo dejó caer en el suelo.



el negro cuerpo que se convulsionaba violentamente: los colmillos rozaban con el suelo y producían un chirrido como el de una guadaña segando huesos; los ojos destilaban lágrimas viscosas, y su boca exhalaba un aliento fétido que llenaba del denso olor del miedo la ciudadela. Hércules lo abandonó y se fue.

Había pasado ya tiempo desde aquellos días, pero no era capaz de recordar momentos de calma, de placer, de felicidad. Su fama había traspasado ya las fronteras de todas las ciudades de Grecia y en todas partes lo recibían como a un héroe liberador, como a un benefactor que redimía a los demás hombres del azote de monstruos y fieras. En cada ciudad, en cada pueblo, en las tabernas y los prostíbulos, todo el mundo le ofrecía pan, vino y sal. Todos querían conocerlo, ver de cerca al gran héroe que había vencido al león de Nemea, a la terrible hidra de Lerna y al jabalí del monte Erimanto. La vida parecía sonreírle, sobre todo por la promesa que, tras tanta fama, tanta gloria, le esperaba.

Mas, en medio de tales pensamientos, Hércules se preguntaba por qué no era feliz, por qué no se sentía acompañado nunca por el calor de otra presencia. Había disfrutado de la compañía de otros hombres y había gozado del cuerpo de muchas jóvenes que, seducidas por su reputación y por su aspecto, se habían entregado a él sin reserva. Intentaba recordar la última vez que había poseído a una mujer sin que, saciado su deseo, no le hubiera asaltado un terrible vacío, una sensación de desamparo y soledad. Muchas veces se había sorprendido asediado por una clase de melancolía que no era capaz de explicarse, ni siquiera cuando las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas anegaban su alma con un espeso desánimo.

Con el sol ascendiendo ya por el cielo, intentó desechar tales pensamientos. La luz del día, el tímido calor y el canto de los pájaros acariciaron su cuerpo y sosegaron su ánimo. Se centró en la última orden de Copreo, cuyo rostro se esforzaba por olvidar, pues mantenía nítida en su mente la imagen del esbirro de Euristeo, pensando que la vida le daría la oportunidad de ajustar cuentas con él. No podía borrar el recuerdo de la sensación de placer que reflejaba su cara cada vez que le transmitía las órdenes de su amo: entornaba los párpados, su boca adoptaba la forma de un pozo oscuro que, al abrirse, deja volar un aire contaminado por el moho del tiempo, y toda su fisonomía reflejaba un placer profundo, el mismo que sienten los seres despiadados que disfrutan con el sufrimiento de los otros.

Le había ordenado capturar una cierva gigantesca, de cuernos de oro, famosa por su increíble velocidad. Una tímida sonrisa se dibujó en su rostro al pensar en la burda trampa que escondía tal prueba, pues el animal, que vivía en Énoe, estaba consagrado a la diosa Ártemis. Hércules no podría herir ni matar a la cierva sin atraer la cólera de la diosa.

Siguió implacablemente el rastro del animal y, como había hecho con el jabalí del Erimanto, la acosó sin descanso. La persiguió por territorios sobre los que ningún hombre había posado antes sus pies, y tuvo tiempo de acostumbrarse a la soledad durmiendo en los bosques, en las heladas grietas de las montañas y en las miserables chozas de gente sin nombre.

Tras un año casi cumplido, llegó una noche al monte Liceo. Cerca de su cima se encontraba un antiguo santuario dedicado a su padre. Cuando entró en el templo, los aullidos de los lobos daban a las sombras una consistencia



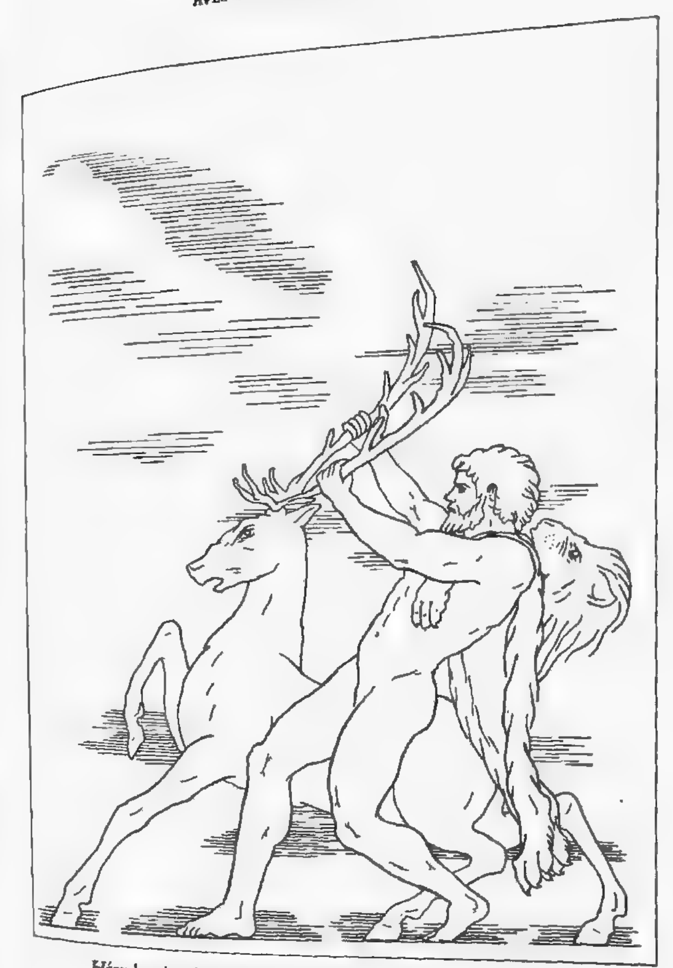
de fantasmas y la luz de una luna casi roja manchaba de sangre el recinto sagrado.

En otro tiempo, Ártemis había encontrado en este monte de la Arcadia cinco ciervas espléndidas: tenían el tamaño de un toro y de sus frentes emergían cornamentas doradas. La diosa se quedó con cuatro de ellas y las enganchó a su carro, pero la quinta, por orden de Hera, quedó en libertad y se refugió en el monte Cerinia. Allí había vivido sin percances hasta la llegada del héroe.

Durante toda la noche Hércules esperó alguna señal del amontonador de nubes, algún indicio que lo ayudase a dar caza a ese animal, veloz y esquivo, que estaba consumiendo su energía y su paciencia, pero no percibió nada, solo la inmensidad del cielo oscuro, el silencio y la inquietante sensación de que, a la luz de la luna, su cuerpo no proyectaba sombra alguna.

Mas, con la aurora, un impulso indefinible lo encaminó hacia el norte. Se dejó llevar y se internó en las abruptas tierras de la Arcadia hasta que, cerca de un arroyo, volvió a ver a la cierva. El animal percibió el peligro y quiso ocultarse entre la espesa vegetación del monte Artemisio; intentó cruzar el río Ladón para poder escapar del incesante acoso, mas, exhausta, permaneció largo tiempo en el cauce. Hércules sacó una de sus flechas y disparó con cuidado, con la intención de herirla levemente lo suficiente para que no pudiera seguir huyendo.

Ató las patas del animal, cuyos grandes ojos parecían preguntarse por la implacable persecución a la que había sido sometido. Sin descanso, Hércules atravesó la abrupta Arcadia en dirección a Tirinto; la cierva, resignada a su suerte, se dejó llevar mansamente, como si tuviese la capacidad de comprender lo que estaba sucediendo. Hércules disfrutó incluso con aquel



Hércules siguió implacable el rastro de la cierva de cuernos de oro.



viaje a través de una región salvaje, cuajada de bosques, arroyos y gargantas de un permanente verdor; se sintió parte de aquellos lugares, como los árboles, los ríos o las cumbres.

Cuando estaba ya a punto de entrar en la tierra de Argos, tuvo un encuentro que había esperado desde el principio. Era ya la hora de buscar un lugar en el que pernoctar cuando apareció ante él la diosa Ártemis, acompañada de su hermano Apolo. No dijeron nada. Ella se dirigió al lugar en el que estaba la cierva y se dispuso a desatarla.

Hércules contempló con calma, por primera vez, el cuerpo de una diosa: sus pechos firmes, sus muslos fibrosos y esculpidos, su vientre plano, debajo de la tenue tela del vestido. Desechó inmediatamente la punzada de deseo que, fugaz, cruzó por su mente. Sabía muy bien que Ártemis era una divinidad salvaje y vengativa.

—No puedes llevarte ese animal —dijo con convicción.

La diosa volvió su rostro sorprendida, como si no hubiese reparado en la presencia de Hércules hasta ese momento. Inclinó levemente su hermoso rostro y habló con displicencia.

—¿Cómo te atreves a dirigirme la palabra? Esta cierva me fue consagrada hace tiempo. ¿Cómo has osado herirla? Me la llevaré ahora mismo, y espero que tengas la cordura de no enfrentarte a mí. Todavía formas parte del mundo de los mortales.

Hércules percibió la amenaza y vio cómo Apolo preparaba su mano sobre el arco. Midió sus palabras antes de contestar a la diosa.

—Puedes estar segura de que no he capturado al animal por mi voluntad, sino obedeciendo el mandato de tu propio hermano Apolo, en cuyo templo se me ordenó ponerme al servicio de Euristeo.

Ártemis tensó el cuello y miró un momento a su hermano, que permanecía en silencio. Hércules continuó, cargando de un tono grave sus palabras:

—Pero el oráculo no hacía otra cosa que transmitir la voluntad de Hera y de mi padre, Zeus, rivales a los que no se debe provocar, diosa.

Una tirante quietud se hizo entre ellos. Apolo continuó en silencio y su hermana bajó un instante los ojos, admitiendo que las palabras del héroe estaban cargadas de razón y de prudencia. Como su hermano, no dijo nada. Lanzó una melancólica mirada al animal y se alejó despacio. Apolo la siguió.

Hércules contempló la silueta de Ártemis de nuevo. Percibió en ella una tristeza profunda, como si la diosa se internara en el bosque en busca de una soledad que no había elegido.

◦◇◦

La siguiente prueba se presentaba completamente humillante: limpiar los establos de Augias, rey de Élide, de quien se decía que era hijo de Helios, el sol. Había heredado de su padre numerosos rebaños que pastaban por todo el territorio de su reino. Durante años, el estiércol, mezclado con la orina de las reses, se había acumulado sin que el rey mostrara la más mínima preocupación por retirarlo, de manera que una pútrida humedad empezaba a penetrar en la tierra, las cosechas mermaban, los manantiales estaban infectados.

Hércules pensó que, de nuevo, debía aplicarse con inteligencia. Decidió no rebajarse a realizar la tarea de vaciar aquella masa de inmundicias sobre sus propias espaldas y, según caminaba hacia la región de Élide, discurrió una manera de sacar provecho de aquel trabajo.



El rey lo recibió junto a la puerta de entrada de su palacio, en un lugar lleno de paz. Los olivos se arremolinaban sobre las laderas de algunas lomas suaves que parecían desplomarse con calma sobre un pequeño llano cuajado de flores en el que algunos niños y jóvenes corrían y saltaban, realizando ejercicios atléticos.

En medio de aquella plácida belleza, el olor a excrementos inundaba el aire con su pestilente presencia. Cuando Augias se presentó, Hércules observó su aspecto: desaliñado, sucio, más semejante a un mozo de cuadra que a un rey. Tuvo la impresión de que era un hombre mezquino, indigno de confianza.

Sin rodeos, le hizo una propuesta sorprendente.

—Limpiaré tus establos en un día si me das como salario la décima parte de tu ganado.

Augias miró a su alrededor sonriendo con ironía. Sus dientes tenían un color anaranjado y su aliento apestaba.

—¿De verdad crees que podrás hacer ese trabajo en un solo día? Creo que para eso vas a necesitar algo más que tu fuerza. Acepto de buena gana, Hércules. Mañana volveré y comprobaré si tienes algo más que palabras para ofrecerme.

Augias se retiró hacia el interior de su palacio.

Entre quienes habían asistido a la breve conversación estaba Fileo, hijo de Augias, quien desde hacía tiempo sentía vergüenza de su padre. Siguió al famoso extranjero y le ofreció su ayuda.

—¿Sabes lo que haces, muchacho? —dijo Hércules mientras caminaba.

Fileo miró a Hércules fijamente y, con gesto decidido, asintió.

Ambos se pusieron manos a la obra. Al entrar en los establos, el repugnante hedor golpeó sus sentidos con violencia. Hércules tomó un pico y comenzó a abrir una grieta en el

suelo. La zanja fue taladrando el pestilente suelo de la cuadra hasta que llegó al exterior. El héroe se dirigió hacia las orillas del río Alfeo. Con la ayuda de Fileo trabajó sin descanso tarde y noche hasta que, al amanecer, tras haber excavado un canal desde el río, consiguió desviar parte de su caudal hasta los establos.

El sol estaba ya en lo más alto del cielo cuando una masa de agua irrumpió con furia en el interior de las cuadras y comenzó a arrastrar el estiércol acumulado.

Hércules estaba satisfecho cuando reclamó al rey el salario acordado. Mas este se negó a pagarle lo estipulado. Entonces Fileo, testigo de todo lo sucedido, se enfrentó con su padre delante de todos, recriminando su actitud.

—Un hombre vale lo que vale su palabra —dijo en un tono casi insolente, propio de su juventud.

Augias se sintió traicionado y, lleno de cólera, ordenó a Hércules abandonar inmediatamente su reino.

—En cuanto a ti —bramó dirigiéndose a Fileo—, quedas desterrado para el resto de tus días. Sal de mi reino y olvida mi nombre. Si vuelves, serás tratado como un enemigo.

Al dejar Élide, Fileo tenía los ojos entornados, como tratando de escudriñar las sombras de su futuro. Hércules miró hacia atrás y detuvo de nuevo su mirada en la silueta de los cerros que descendían hacia el valle bañado por el río Alfeo.

Cuando su mirada tornó hacia el camino, estuvo seguro de que, algún día, para desgracia de Augias, volvería a esa tierra.

◇◇

La tarde se insinuaba. Hércules dejó que los recuerdos se alejaran, abandonó aquel lugar y se dirigió hacia las ciénagas



de Estinfalia. Su nuevo trabajo era expulsar a una bandada de aves que se había refugiado en aquel lugar de Arcadia huyendo del barranco de los lobos. Sus excrementos arruinaban las cosechas y sus cantos impedían que la noche aquietara el espíritu de los hombres.

En algunas charlas de taberna mantenidas con los lugareños, le habían dicho que varios hombres habían aparecido muertos cerca de las ciénagas con un aspecto horrible, apenas conservaban la envoltura de sus cuerpos: piel arrugada que, como un saco, contenía solo huesos. Hércules se había mofado de ellos sin tomarse en serio sus palabras, hasta que, la última noche, una anciana se había acercado a él sin presentarse. Aparentemente nadie la conocía, y no la interrumpieron cuando se dirigió al héroe con estas palabras:

—Sé quién eres, extranjero; todos te conocemos. Sé que tu gloria y tu maldición caminan de la mano y que tu fuerza es sobrehumana. Sé que has liberado ya al mundo de monstruos y que, para alcanzar la inmortalidad que te ha sido prometida, deberás seguir cumpliendo las órdenes de alguien peor que tú.

El silencio se hizo profundo, insondable. Todos los rostros estaban atentos a las palabras de aquella mujer de expresión ajada y espalda curvada; hablaba despacio, con una voz mucho más joven que ella.

—Pero esta vez no te enfrentas con un monstruo al que puedas estrangular o herir con tu espada. Estás desafiando a un enjambre de aves que chillan como niños aterrorizados y que, durante el crepúsculo, atacan a los hombres solitarios, se posan de frente sobre sus hombros y les succionan el alma metiendo los horribles picos en sus bocas.

Hizo una pausa y su rostro emergió del interior de la capucha que lo cubría.

—No seas un insensato, Hércules —añadió—. No te mofes de seres a los que no sabes si podrás vencer.

Hércules intentó escudriñar aquellos ojos grises, grandes, que parecían dos astros fijos anclados en un mundo anterior al suyo. Pero la mujer pasó delante de él despacio, y se marchó de aquella habitación dejando en el aire un perfume suave, fresco, que por un momento se superpuso sobre el olor rancio de la lana de las ropas y del sudor de los cuerpos.

La tarde caía ya mientras Hércules evocaba tales recuerdos. Un estremecimiento helado recorrió su espalda cuando oyó a lo lejos un coro de graznidos, un cúmulo de agudos chillidos que llenaban las orillas del lago Estinfalo de una música indecible. Se escondió detrás de un alto matorral e intentó percibir con sus ojos lo que ya estaba oyendo. El sol declinaba en el horizonte. Entonces una nube oscura surgió de las orillas de una de las ciénagas; sobre el cielo, los infinitos puntos oscuros adoptaban formas extrañas que se dirían surgidas de una pesadilla. Poco a poco los puntos se fueron definiendo, adoptando la forma de una cuña, como si una falange de pequeños monstruos alados embistiera contra un ejército de sombras. Se estremeció de nuevo al comprender que aquel ejército de aves, cuyos graznidos parecían llenar todo el horizonte, estaba perfectamente organizado.

Entendió que sería imposible enfrentarse a ellas utilizando la fuerza y que debería encontrar otra forma de hacerlo. Respiró hondo, intentando discurrir algún remedio, algún

procedimiento que le permitiera ahuyentar aquel enjambre y cumplir con la orden de Euristeo. Entonces se hizo el silencio; repentinamente, calma, quietud, la profunda inmovilidad que precede a la muerte.

Un tenue ruido, casi inaudible, le hizo volver la cabeza. Junto a él, se encontraba la anciana de la taberna. Percibió el mismo olor a su alrededor, la misma paz que en su rostro.

—Te preguntas cómo puedes cumplir con el trabajo, ¿verdad? Esta vez tu fuerza no sirve para nada.

El héroe asintió y bajó la cabeza hacia el suelo.

—Tienes razón, anciana —dijo—. No veo cómo puedo asustar a estas aves y hacer que abandonen estas tierras. —Levantó los ojos y la miró directamente—. Ayúdame.

Pero delante de él no había nadie. Por un momento pensó que estaba siendo presa de alguna suerte de encantamiento; sus dientes se apretaron haciendo que su mandíbula adquiriera un aspecto pétreo. Aturdido, buscó a su alrededor algún indicio que lo ayudara a comprender lo que acababa de ocurrir y advirtió que un destello dorado nacía del suelo. Se acercó despacio y vio que sobre la hierba había unos crótalos de bronce bien bruñido, hermosos, perfectos, hechos sin duda por un artesano excepcional. Cogió dos de ellos, los acarició casi con miedo, intentando no arañar siquiera su inmaculada superficie, e introdujo con suma delicadeza sus dedos índice y pulgar por las cintas que sobresalían. Cerró el arco de sus dedos y las superficies de los crótalos se rozaron desprendiendo un sonido profundo, armónico, perfecto.

Solo fue un instante, pero al levantar los ojos le pareció ver que la anciana, alejándose, se desprendía de su man-

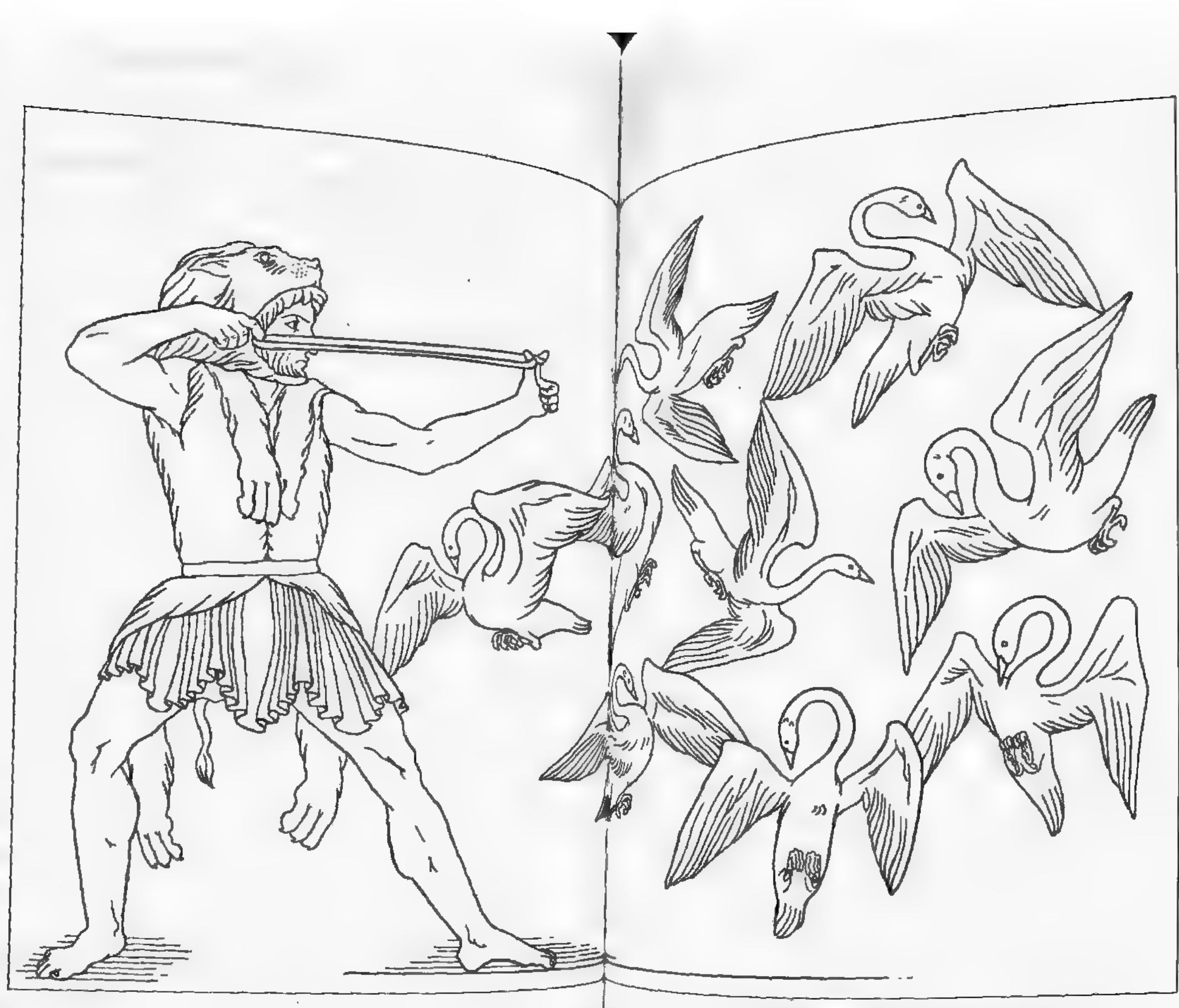
to negro y dejaba que una luz suave y dulce envolviera su cuerpo. Él estaba de espaldas, y el sol le impidió ver con claridad la silueta de aquella mujer que se deslizaba por el suelo con la suavidad de un arroyo. Entonces un mochuelo de grandes ojos voló a su lado en dirección al lugar en el que se habían posado los pájaros del lago.

El ave volvió a pasar junto a él y Hércules supo entonces que contaba con la ayuda de Atenea.

La oscura noche agonizaba sobre Tirinto. En su lecho, Euristeo se sobresaltó de repente. Creía haber oído un ruido indefinible, una suerte de aleteo oscuro, grave, que provenía del exterior. Intentó dormirse de nuevo, pero un nuevo murmullo se lo impidió. Se incorporó en su cama, temblando, hilos de sudor recorriendo su frente, maldiciendo el miedo que lo poseía. Salió de la habitación y contempló el cielo, teñido ya por la aurora.

Vio entonces una enorme mancha oscura que se desplazaba deprisa en dirección a Tirinto. De su interior parecía nacer una mezcla indefinible de silbidos, graznidos y gritos que, poco a poco, se iban haciendo más audibles. Contemplaba extasiado aquel fenómeno inexplicable cuando, repentinamente, lo comprendió: Hércules, de nuevo, había finalizado con éxito el trabajo impuesto. Sin poder apartar la mirada del cielo, el rey observó cómo la multitud de aves, un enjambre que oscurecía la incipiente luz del sol, pasaba por encima de Tirinto y se desviaba hacia algún lugar situado entre Bóreas y Euro, los vientos del norte y el este.

Corrió a su habitación y se dirigió hacia la tinaja que le servía de escondite. Los esclavos, dormidos todavía y ajenos



Hércules comprendió que aquel ejército de aves estaba perfectamente organizado.



al desasosiego de su amo, se levantaron del suelo y se dispusieron a introducirlo en su patética madriguera. Entonces el rey notó un escozor agudo en uno de sus hombros, y un olor ácido inundó la habitación. El pánico lo invadió de nuevo mientras los esclavos le quitaban la túnica. Sobre el hombro izquierdo, los restos de los excrementos de una de aquellas aves consumían la tela lentamente, devorando el tejido con su corrosiva esencia.

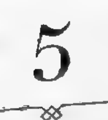
Copreo contemplaba las extrañas criaturas que Hércules había arrojado a sus pies: ojos de reptil sobre un cráneo alargado del que sobresalía un pico insólito, cuyo extremo parecía una ventosa gruesa, carnosa, preparada para succionar. Miró con repugnancia los cuerpos inertes que yacían desmadejados sobre el empedrado suelo del patio, torció sus labios y con un gesto de curiosidad se dirigió a Hércules:

—¿Cómo has conseguido que estos monstruos abandonaran su refugio en las ciénagas?

Hércules no dijo nada. Cogió los crótalos, se los puso de nuevo en los dedos y entrechocó las dos piezas de bronce. Un aullido profundo, potente, enérgico, inundó la fortaleza de Tirinto. Copreo notó que su cabeza vibraba y que sus oídos apenas podían soportar el vigor de aquel estruendo que se clavaba en su cuerpo como una lanza de fresno.

Euristeo, en el interior de la tinaja, percibió aterrorizado una vibración extraña seguida de un sonido que penetró a través de los tapones de cera de sus oídos. Creyó que el espectro de un lobo furioso aullaba dentro de su húmeda guarida.

5



La amazona enamorada

La nave se deslizaba sobre la superficie del mar. Navegaba hacia la región del viento Bóreas, la fría Tracia, impulsada por una brisa del sur que hacía la travesía agradable. Acodado sobre la cubierta del barco, sintiendo en su rostro los rociones de las olas, Hércules se complacía, de nuevo, en recordar su viaje a Creta, en cumplimiento del séptimo trabajo ordenado por Euristeo.

Le había mandado capturar y llevar a Tirinto al que todos conocían como el toro del mar, la hermosa bestia surgida de las aguas que bañan Creta. En otro tiempo, Poseidón había hecho emerger al toro desde las profundidades cuando Minos, el rey, le prometió ofrecerle en sacrificio cualquier cosa que naciera de las aguas. Mas no cumplió su promesa.

El dios, irritado, hizo nacer en Pasífae, esposa del rey, un amor inconfesable por aquella soberbia bestia, y no cejó hasta que la infortunada mujer sintió dentro de su cuerpo el

enorme miembro del toro. Hércules recordaba todavía los rugidos que, desde los laberínticos sótanos del palacio de Minos, había oído articular al monstruo surgido de aquella unión, el llamado Minotauro.

Evocó con placer la multitud de aventuras vividas en su viaje hacia aquella isla; revivió el momento en que Minos, tras haberle negado su ayuda, le permitió enfrentarse con el animal a condición de que lo hiciera solo, y evocó el estremecedor instante en que lo tuvo enfrente. Había visto lidiar con tales bestias a hombres que pretendían convertirse en reyes de pueblos o ciudades, así que intentó mantener la calma y dejó que el toro lo acometiera. Sintió temblar la tierra bajo las pezuñas y notó el olor dulzón de su cuerpo cuando, abrazado a sus pitones, detuvo su impulso y dobló su cuello hasta conseguir derribarlo. Una vez en el suelo, los enormes ojos del toro no expresaban espanto sino turbación, como si mirara de comprender la razón de su inesperada derrota. Hércules lo inmovilizó y acarició su rizada testuz casi con afecto.

Días después de haber entregado el toro, supo que Euristeo, asombrado por su belleza, lo había dejado en libertad. Había oído también que el animal no había permanecido en las tierras de Argos, sino que, impelido por alguna extraña querencia, había vagado por la Arcadia dirigiendo sus pasos hacia el norte.

Tales recuerdos poblaban su mente mientras el barco seguía su rumbo. Fijó sus ojos en el mar, fascinado por su permanente oscilación y por la sensación de que, en medio de sus aguas, la vida transcurría con otra inercia, como si las angustias y los malos recuerdos no se atrevieran a dejar atrás

tierra firme. Sentía que su desasosiego se dormía mecido por el movimiento de las aguas.

Uno de los marineros hizo una seña desde la proa. Hércules entornó sus ojos, tratando de adivinar en el horizonte algún rastro de tierra. Entonces el capitán se acercó.

—Te dejaremos en una ensenada solitaria, un lugar seguro donde podamos fondear sin llamar la atención de los bístones. Te esperaremos durante dos días con sus noches. Si no regresas en ese plazo, partiremos sin ti.

Hércules asintió, comprendiendo muy bien las reservas de aquel hombre.

—No te preocupes —le dijo—. Te agradezco mucho que me hayas traído hasta aquí. No lo olvidaré.

La nave detuvo su inercia muy cerca de la playa. El capitán dejó que la proa buscara el viento para estabilizar el casco, miró a Hércules y le tendió la mano.

—Mucha suerte. Si no vuelvo a verte, ojalá oiga en algún puerto lejano alguna canción que hable de tu éxito. Sabré en ese momento que estás vivo y que este viaje no ha sido en vano.

Los dos hombres entrelazaron sus manos. Poco después, el barco se adentraba en el mar y lanzaba el ancla sobre el fondo arenoso. La visión de la ensenada, la nave aproada y la quietud del agua llenaron de calma el ánimo de Hércules.

∞

Tras haber dormido al abrigo de una roca, se dirigió hacia la ciudad de los bístones, donde habitaba su rey, Diomedes, hijo de Ares y la ninfa Pirene. Era un hombre salvaje, violento y cruel, siempre dispuesto a disfrutar con el dolor ajeno;

tenía en sus establos tres yeguas, oscuras como la noche, que no se alimentaban con el pasto de los campos, sino con la carne de los desdichados que tenían la desgracia de acercarse a ellas. La orden de Euristeo había sido clara: capturar las yeguas y llevarlas a Tirinto.

Mientras se dirigía a la ciudad, Hércules tuvo por primera vez conciencia de que aquella prueba, como otras que ya había llevado a cabo, quizá tuviera razón de ser. Empezaba a sentirse, de verdad, como un benefactor, una especie de protector que liberaba a los hombres de monstruos y verdugos.

Dejó que el día declinara antes de dirigirse hacia las cuadras. Entró con sigilo e, inmediatamente, lo envolvió un olor desagradable, muy diferente al que estaba acostumbrado a sentir en cualquier establo. Se adentró más y comprendió la razón: las tres yeguas, atadas con gruesas cadenas de hierro, comían de pesebres de bronce, oscuros, recubiertos de una especie de costra seca ennegrecida por el paso del tiempo. De ellos sobresalían miembros humanos, con la carne colgando, guiñapos adheridos a huesos astillados. Los ollares de las yeguas se abrían y cerraban, con un ritmo que alternaba con el movimiento de sus mandíbulas. El olor a carne putrefacta lo impregnaba todo. Hércules se llevó las manos a la nariz en un vano intento por mitigar el hedor mientras, con la espalda apoyada en la pared, discurría la manera de llevar a cabo su trabajo. No podía evitar pensar en los desgraciados que servían de alimento a aquellas bestias salvajes.

Se acercó con precaución. Una de las yeguas piafó nerviosa y tiró con violencia de la cadena a la vez que levantaba las patas delanteras. Hércules golpeó con su puño al



La yegua notó en su quijada la enorme fuerza de Hércules.

animal, que, con los ojos desorbitados y las orejas escondidas, retrocedió, aturdida. La agarró entonces de la cadena y dio un tirón fuerte: la yegua notó en su quijada la enorme fuerza de Hércules y se mantuvo inmóvil, acobardada. Los cascos del animal se paralizaron y todo su cuerpo se calmó; el sudor brotó de su cuello y una nube de vapor espeso lo envolvió.

Desenganchó el héroe a las demás yeguas y las cogió con la otra mano. Salieron del establo cuando la noche se cernía sobre la ciudad de los bístones. El cuerpo negro de los animales se confundía con las sombras.

El mar estaba ya cerca cuando Hércules oyó voces a su espalda; parecían nerviosas, agitadas. Sobre todas ellas sobresalía una, aunque no era capaz de entender lo que decía. Aceleró el paso y azuzó a las yeguas.

—¡Por aquí! —oyó de repente.

Antes de que pudiera decir nada, una figura apareció en el recodo del camino. Era Abdero, un muchacho joven, soldado y amigo de Hércules; su rubio cabello destellaba a la tenue luz de la antorcha que llevaba en su mano.

—¿Qué haces aquí? —dijo Hércules sorprendido.

—No hay tiempo para explicaciones. Decidí no dejarte solo en esta prueba y he viajado escondido, pues sé muy bien que hubieras rechazado mi ayuda. Te auxiliaré con las yeguas: las conduciré a la playa y haré señales al capitán para que acerque la nave. Mientras, procura entretener a los esbirros de Diomedes.

El joven hablaba con seguridad y convicción pero, viendo la preocupación reflejada en el rostro de su amigo, añadió:

—Nadie sabrá que he estado aquí.

Las voces se aproximaban. Antes de que Abdero desapareciera con los animales, Hércules lo abrazó y le dijo:

—Ten cuidado, muchacho. Son animales peligrosos.

La noche se tragó al joven Abdero. Cuando Hércules tensó su arco, un grupo de hombres aparecía ya en el camino. Algunos cuerpos se desplomaron heridos de muerte a causa de sus certeras flechas y toda la turba se detuvo. Entonces llegó Diomedes.

—¿Cómo te atreves, extranjero, a robar mis caballos y a matar a mis hombres?

Sus ojos se clavaron en los de Hércules, pero no pudo sostener su mirada. Las palabras parecieron negarse a salir de su boca y su frente se arrugó al contemplar al hombre que, cubierto con la piel de un león, con el arco en la mano, la maza colgando de su cinturón y la espada envainada sobre su espalda, lo miraba sereno y altivo.

—¿Cómo te atreves tú, Diomedes, a perseguirme? ¿Tan poco valoras tu vida y la de tus hombres? Deja que cumpla con mi trabajo y nadie más morirá.

El rey miró a su alrededor y percibió miedo: todos habían reconocido al guerrero que se alzaba delante de ellos. Un ruido de caballos al galope llegó desde el mar; Hércules sintió un escalofrío y, por un instante, pareció dudar al oír un grito ahogado filtrándose entre el martilleo de los cascos sobre la tierra. Diomedes aprovechó el momento y su lanza partió hacia el cuerpo del héroe. Sus hombres atacaron. Pero fue un espejismo. La lanza se clavó en el suelo, lejos del objetivo al que iba destinada y, sobre el camino, los cuerpos de los bístones abatidos comenzaron a mezclarse con la tierra. Hércules cogió una enorme piedra y la lanzó con-

tra Diomedes, quien notó cómo su pecho se quebraba tras el impacto. Mientras caía al suelo vomitando negra sangre vio huir a sus hombres ante el furioso ataque del héroe; parecían una bandada de palomas asustadas por la acometida de un halcón.

Abajo, en la playa, el cadáver desollado de Abdero yacía sobre la arena; las tres yeguas lo habían arrastrado por la arena, espantadas por el estrépito de la batalla. El desdichado muchacho había intentado sujetarlas en un vano esfuerzo por no perderlas. Los animales olisqueaban su cuerpo y habían comenzado ya a mordisquearlo. Hércules soltó allí a Diomedes, aún vivo, y luego, intentando que las yeguas no volvieran a asustarse, las llevó junto a su dueño. Respirando todavía, Diomedes lanzó una mirada suplicante y un feble gemido.

—Sufre tu propio castigo —dijo Hércules. Las palabras sonaron vagas, indiferentes, como emitidas por una roca sin alma.

Se fue caminando hacia la orilla, dispuesto a honrar el cadáver de Abdero. Por su mente cruzó la idea de fundar una ciudad cerca de aquellos parajes y pensó en un nombre: Abdera. Mientras se alejaba, oía a su espalda los quejidos de Diomedes, un gruñido que se confundía con un extraño chapoteo. No miró hacia atrás, pero tuvo la impresión de que las yeguas quebraban con sus cascos los huesos de su dueño.

∞

Las naves no habían pasado desapercibidas al adentrarse en la ensenada. Una mujer había salido a caballo desde la cima del acantilado.

Cuando los barcos fondearon había ya muchos ojos que los observaban; ojos insólitos, de mujeres que portaban armas. Sus rostros tenían inexplicables pinturas que no sugerían paz, que no perseguían endulzar sus rasgos. Sus torsos eran extraños; el pecho derecho parecía comprimido, aplastado, como si quisieran evitar el roce de las muñecas sobre él al tensar el arco. Una de ellas llevaba un llamativo cinturón que realzaba su figura. Se adelantó e indicó con un gesto a las demás que esperaran detrás de los arbustos, donde se confundían con el bosque.

Los hombres de Hércules bajaron de los barcos; esta vez el héroe no viajaba solo: un grupo de soldados escogidos lo acompañaba en su expedición a la tierra de las amazonas. Pisaban la playa con placer y sus ánimos se reconfortaban al ver al lado de la orilla un río fluyendo con calma. Llenaban los odres con agua dulce y refrescaban sus rostros: se metían en el arroyo sin desvestirse, sumergían sus cabezas, notaban cómo la sal del mar se desprendía de sus cabellos.

Hércules se había despojado de la ropa para lanzarse al río. Nadaba, sentía el líquido acariciando cada rincón de su cuerpo y un placer impreciso llenaba sus sentidos, braceaba hacia una zona de arbustos altos, percibiendo cómo sus miembros se acomodaban a la temperatura del agua. Abrazado por las suaves ondas, se acercaba a la orilla; una piedra grande, lisa, emergía de la tierra como el lomo de un animal. Nadó hacia ella deseando descansar un momento y notar el calor del sol sobre su piel y salió del agua.

Ella vio el cuerpo desnudo que había emergido del río: el torso titánico, los músculos esculpidos de los brazos y el vientre; las piernas como columnas sosteniendo un templo

de carne. Hacía mucho que no había visto un hombre como el que ahora, el pecho al sol, las piernas entreabiertas, se tendía sobre la roca. Una fuerza invisible la impulsó; salió de su escondite y avanzó hacia el lugar donde estaba tendido; se acercó sin miedo, sin esconderse, y se detuvo justo delante, haciendo que el sol se apagara sobre el cuerpo que yacía.

Hércules notó la sombra repentina y se incorporó. En su rostro nació una mueca de perplejidad al ver, dibujada a contraluz, la silueta de una mujer. Levantó un poco la cabeza, entornó los ojos; entonces vio el cinturón que rodeaba su talle. Se sentó sobre la roca, pero, antes de poder pronunciar una palabra, la mujer se había apoderado de su aliento con un beso, a la vez que se desabrochaba el cinturón, dejaba caer su ropa y se echaba sobre él.

Hércules cerró los ojos, entregado al placer inesperado; sentía las manos, la boca de aquella mujer recorriendo su cuerpo. Cuando abrió sus párpados vio, recortado sobre un lienzo de luz casi cegadora, un cuerpo cabalgando sobre el suyo, el mentón afilado, el cabello suelto como una nube negra de la que se desprenden haces de lluvia; dejó caer su cabeza a un lado, rendido, entregado, y volvió a ver el cinturón que, cerca de él, yacía en el suelo. Fue solo un momento: el placer nublaba sus sentidos, su cuerpo ya no le obedecía. Se había dejado vencer. Una chispa de felicidad se filtraba en su ánimo.

Hera contemplaba la escena ardiendo por dentro. Miraba a Hipólita sobre el cuerpo del odiado hijo de Alcmena y se daba cuenta de que sus esperanzas de verlo fracasar en aquel nuevo trabajo se iban esfumando. Al frente de un grupo de hombres escogidos, Hércules había llegado a orillas del río Termodonte, en el país de las temibles amazonas. La orden

que había recibido de Euristeo era llevar a Tirinto el cinturón de Hipólita, su reina.

Se trataba de una misión difícil, pues las amazonas eran mujeres salvajes, supervivientes de un mundo muy antiguo. Hera las veía como el resto aislado, enfermizo y feroz de un tiempo muerto para siempre. Y, sin embargo, aquellas guerreras que no criaban a los hijos varones, que utilizaban solo un pecho para amamantar a sus hijas y que se mutilaban el otro para poder disparar cómodamente el arco, aquellas mujeres que sacrificaban sin piedad a todo extranjero caído en sus manos, estaban a punto de permitir que su reina fuera seducida por un desconocido que había llegado para desafiarlas. La rabia roía sus entrañas. Y decidió actuar. Tomando el aspecto de Melanipe, hermana de Hipólita, se mezcló entre las amazonas, infectando sus ánimos.

La reina amazona se incorporó despacio y comenzó a vestirse sin dejar de mirar al hombre con el que acababa de yacer.

—Eres Hipólita —dijo Hércules sin rodeos. La mujer asintió con un leve gesto de sorpresa mientras se vestía—. Soy Hércules, hijo de Zeus y Alcmena. Hera me ha ordenado llevar tu cinturón muy lejos, a la ciudad de Tirinto. Allí, Admete, la hija del rey Euristeo, quiere ceñirlo a su cuerpo.

Hipólita lo miró extrañada. Tocó su cintura acariciando la pieza que la rodeaba.

—Es un regalo de Ares, mi padre, pero te lo daré. Solo tienes que permanecer aquí conmigo el tiempo suficiente para que tu espíritu se reponga del largo viaje.

Miró a Hércules inflamada de deseo y añadió sonriendo:

—Yo me encargaré de que no quieras regresar nunca.

Hércules la acompañó en la sonrisa. Repentinamente se apoderó de él un deseo irrefrenable de descansar, de entregarse al placer de vivir, de olvidar por un tiempo el sufrimiento de su esclavitud. Miraba a la amazona casi con ternura.

—Acepto. Pasaré en tu casa los días que tú quieras. Pero antes debo volver a las naves y recuperar mi ropa. Mis hombres deben de estar ya buscándome.

—Ve tranquilo. Sé dónde están fondeados vuestros barcos. Me reuniré allí contigo.

Dio media vuelta y se marchó. Antes de volver hacia el río, Hércules pensó en el cuerpo de Hipólita y sintió una oleada de deseo; una promesa de tregua.

Hipólita volvió al lugar donde sus compañeras la estaban esperando, pero al llegar no vio a nadie. Aguzó sus sentidos y percibió un ruido lejano, caballos desbocados hacia el mar. No sabía lo que había pasado, pero el temor hirió su pecho. Amarrado a un arbusto todavía, piafaba su caballo. Hipólita lo desató y subió de un salto, galopando con presteza; una imprecisa sospecha la embestía.

Las demás amazonas habían alcanzado ya la orilla. Sus ánimos estaban inflamados. Hera las había convencido de que los extranjeros habían raptado a su reina, de que habían venido desde lejos para terminar con ellas y llevarse a Hipólita como trofeo; afirmó que el cuerpo de su hermana estaba ya maniatado sobre la cubierta de uno de los barcos.

—Esos desalmados obedecen a Hércules, un hombre de fuerza terrible y cólera aterradora —añadió con vehemencia—. Ha seducido a Hipólita con engaños. ¡Atacad las naves! —gritó con furia.

Cuando Hipólita llegó a la playa el combate había comenzado. En vano gritó, en vano trató de contener la violencia: sobre el suelo yacían caballos, hombres y mujeres. La sangre que fluía de los cuerpos mutilados empapaba la arena. Vio que una amazona no paraba de arengar a las demás; atizando la hoguera del combate, echando leña al fuego que abrasaba los ánimos. Por un momento sus miradas se cruzaron: parecía Melanipe, su hermana, pero había algo extraño en ella. Ella la miraba, pero no la reconocía. Un grito la sorprendió:

—¡Hipólita! —oyó, y miró hacia la playa para ver que era Hércules quien la estaba buscando—. ¿Dónde estás, traidora?

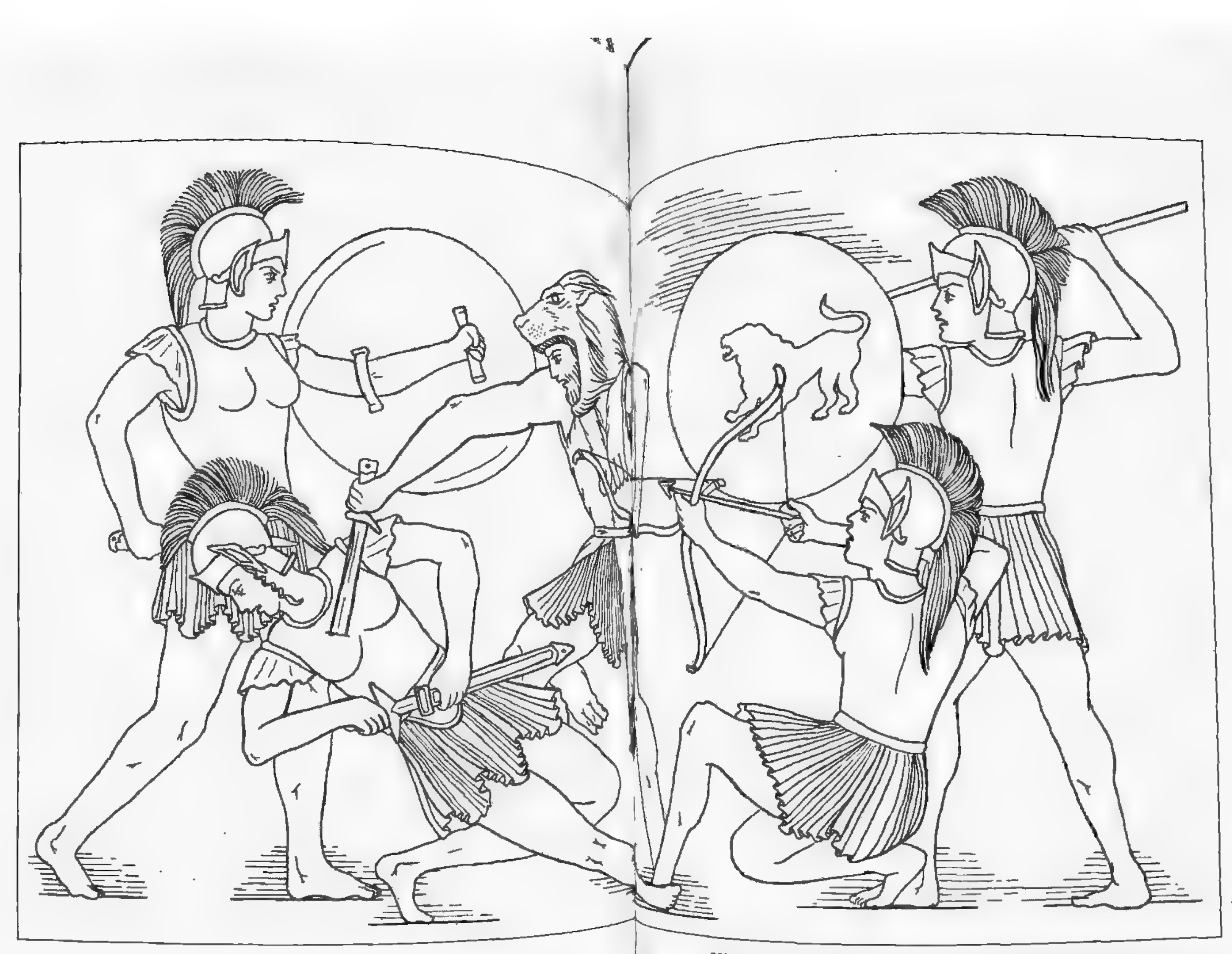
La reina saltó del caballo y corrió hacia él. Hércules la reconoció; le hervía la sangre, se sentía traicionado, vendido. Cuando ella se acercó no vio las lágrimas en sus ojos ni su gesto desesperado. Solo vio a alguien que se había burlado de él, que había pretendido vencerlo con armas innobles. Antes de que la amazona pronunciara una sola palabra, hundió furioso la espada en su pecho.

Hipólita cayó al suelo y sintió que una mano, garfios de hierro, le arrancaba el cinturón. Antes de morir vio el rostro del hombre al que había amado fugazmente y una lágrima se deslizó por su mejilla.

Trata de decir algo, pero su aliento se seca y la oscuridad la envuelve.

◦◦◦

La tierra era pura desolación en torno al cabo Ténaro. Euristeo le había ordenado bajar al Hades, el mundo de los muertos, para capturar al terrible Cerbero, el perro guardián del inframundo. Después de tantas aventuras, de tantos



Hércules, furioso, hundió la espada en el pecho de la reina de las amazonas.

peligros dejados atrás, de tantas desgracias, el temor revolvía el ánimo de Hércules.

Alrededor del cabo, el mar batía con fuerza. La ausencia de vegetación y las chozas miserables de los habitantes del extremo sur daban a esa tierra el aspecto de una guarida de fantasmas. Sobre un peñasco, los restos de un templo abandonado quebraban la monotonía del paisaje y le permitieron abrigarse del viento, tener la sensación de que algo lo acogía. Desde allí imaginaba rostros y cuerpos deformes observándolo detrás de las ventanas; manos desfiguradas que entornaban portezuelas de madera para poder verlo sin temor a ser descubiertos. Estaba en el extremo sur de Grecia, ante una de las bocas del infierno.

Encendió un fuego y decidió pasar la noche en aquellas míseras ruinas dedicadas en otro tiempo a honrar a Poseidón, el dios del mar. Se acurrucó al lado de la hoguera para calentar sus miembros mientras, a lo lejos, una letanía incomprensible atestaba de rezos la noche infinita. Sobre él, las constelaciones parecían girar lentamente, puntos brillantes en un universo de sombras. El sueño lo venció pronto.

A su ánimo acudieron imágenes inconexas, fogonazos de su propia vida, que iluminaban su mente dormida con la tenue luz de los recuerdos. Vio los rostros de algunas de las mujeres que le habían procurado algo de calor en sus noches de insomnio, y su cuerpo tembló al soñarlas. Ante él desfilaron, deformados, los paisajes de todas las tierras que había conocido en los últimos años mientras cumplía las órdenes de Euristeo. Vio de nuevo Libia, Egipto, el océano, Iberia...; una sucesión de imágenes cargadas con la cegadora claridad de un espejismo.

Mas el vuelo de su sueño se detuvo en Tarteso, el reino del sur de Iberia. Volvió a sus puertos, a las espléndidas naves de velas extrañas y cascos negros, al enorme estuario del gran río, que llenaba de marismas el interior de la tierra. Sobre una de sus riberas durmió la primera noche, escuchando el rumor de la corriente y el canto suave de los juncos clavados en las orillas.

Mientras descansaba entre los cañizos, escuchaba un eco incomprensible que llenaba el lugar de una magia inquietante, y, a la luz de la luna, contemplaba las aguas del río envueltas por infinitos destellos de plata.

En Tarteso vivía Gerión, hijo de Crisaor. Poseía rebaños de bueyes que pacían en la tierra amarismada del gran estuario. Las reses eran pastoreadas por Euritión, el pastor real, y por un perro monstruoso llamado Ortro. El trabajo ordenado por Euristeo consistía en llevar a Tirinto los bueyes de Gerión; era una orden cargada de peligros.

Con la naciente luz del sol acariciando su rostro, abandonó su refugio en el cañizal del río y se encaminó hacia el lugar en que pastaban los bueyes. Recorrió el terreno con dificultad, hundiéndose a cada pisada en la tierra anegada. Cuando estaba en medio de un marjal oyó un ronco gruñido, el áspero sonido de un animal acechando. Ralentizó sus pasos y, con el cuerpo infestado de sanguijuelas, se escondió detrás de una pared de cañas.

Entonces, olisqueando el aire, apareció el perro, con todos los músculos apretados. Su poderoso olfato detectó pronto la extraña presencia oculta entre los juncos de la ciénaga. Hércules cerró sus dedos sobre la maza y apretó los dientes al ver las fauces abiertas de Ortro babeando delante de él.

Vio saltar al perro con la agilidad de un felino. Dientes amarillentos chasqueaban con cada mordisco. Golpeó su espinazo con la maza y las astillas de los huesos crujieron como un tronco seco alcanzado por un rayo. El monstruo quedó paralizado, profiriendo quejidos infantiles.

Entonces apareció corriendo Euritión, el pastor, pero su cráneo se abrió también por el golpe de la maza. Una sucesión de espasmos se adueñó de su cuerpo antes de quedarse inmóvil para siempre.

Mientras Hércules contemplaba los cadáveres semihundidos en el agua, una forma se escurrió hacia la orilla del marjal. Era una figura deforme cuyos miembros se deslizaban como sombras. Parecía que volaba entre la rala vegetación de los esteros, y se perdió entre las callejas; se movió entre la gente como el humo impulsado por el viento y llegó al patio del palacio de Gerión antes de que Hércules hubiera podido siquiera saborear el dulce sabor de la victoria. Era Menetes, el pastor de los rebaños de Hades, quien, en los confines del occidente, junto al río Tarteso, solía guardar las majadas del dios del inframundo. Había divisado al extranjero; había presenciado la muerte de Euritión y Ortro, lo había visto reunir el ganado para robarlo, y lo había delatado.

Alertado por Menetes, corrió el atroz Gerión hacia las marismas del gran río, sus armas resplandecían, sus ojos reflejaban la violenta determinación de un verdugo. Enseguida vio sus rebaños desplazándose, a punto de salir del territorio de su reino. Los aguijaba un hombre desconocido que avanzaba con determinación profiriendo gritos que intimidaban a las bestias. Aceleró el paso.

Hércules apenas tuvo tiempo de verlo venir, pero su instinto avivó sus sentidos. Ante él había un ser de pesadilla en cuyo vientre se fundían los cuerpos de tres hombres que reptaban como serpientes enardecidas. Tenía sus pies metidos dentro del lecho del río y el agua parecía alejarse de él, desviada por su fuerza.

Hércules disparó con destreza las flechas emponzoñadas con la bilis y la sangre, agonía de la hidra; estas desgarraron la carne, astillaron los huesos y mancharon de sangre purpúrea los miembros de su enemigo. El hijo de Crisaor se inclinó, arqueó sus cuerpos, dobló sus cuellos y fue perdiendo la vida como la adormidera que, humillando su tallo suave, va derramando las hojas sobre el suelo. Gerión cayó en el río haciendo resonar las aguas con estrépito. Su sangre fétida contaminó el cauce dándole un color rojizo que teñía las tierras a su paso.

Eufórico por su triunfo, Hércules se dirigió de nuevo a Tarteso, decidido a levantar un trofeo que recordara para siempre su presencia y alertara a los viajeros del final del mundo habitable. Colocó dos columnas a uno y otro lado del lugar en que el mar se unía con el océano y escribió con calma una inscripción que perpetuara su nombre para siempre y recordara a todos los viajeros del futuro que aquellas eran las columnas de Hércules.

6

En el mundo de los muertos

Mientras las imágenes del sueño asediaban su mente, Hércules se estremeció y gritó involuntariamente. En las aldeas de alrededor del cabo Ténaro su chillido resonó como un lamento surgido del inframundo; se cerraron las puertas de las casas, se atrancaron las ventanas, se taparon con cera los oídos de los niños y se hicieron silenciosas libaciones de vino y miel dedicadas a las sombras de los muertos. Mas Hércules, ajeno al miedo que su presencia provocaba, seguía soñando. A través de las grietas de porticones y postigos, ojos asustados vieron sobre las ruinas del templo una nube de luciérnagas; su luz verdosa, intermitente, inundó de destellos los campos yermos y una atmósfera irreal, maravillosa, pareció detener el tiempo, acallar los ruidos del mar y amplificar los ecos del gigante que dormía.

El sueño del héroe se interrumpió de repente cuando comenzaba su viaje de regreso hacia Tirinto, pastoreando el

rebaño de Gerión. Una brisa helada se clavó en su cuerpo y creyó oír una letanía lejana, monocorde, voces sin vida, voces muertas. Se incorporó despacio, en guardia, pero no vio nada. Solo el desolado paisaje. No oyó nada, salvo el mar batiendo los acantilados.

Salió del recinto del templo y se dirigió hacia el sur. A lo lejos podía distinguirse, abierto en la roca, el sendero hacia la gruta que servía de puerta a los infiernos. Hércules dirigió sus pasos hacia allí, decidido a entrar en el Hades y terminar con su misión. Según se iba acercando, volvió a oír las voces, la cadena de quejidos que parecía surgir de las entrañas de la tierra. Aguzó el oído y fue directamente a la entrada de la gruta.

Cuando dejó atrás la blanca cortina de la luz del día, estaba tranquilo. Tenía muy presente en su ánimo la experiencia que había vivido en Eleusis, cerca de Atenas, donde se había iniciado en los misterios de la muerte de la mano de Museo, el aedo de quien se decía que era hijo de Orfeo. Recordaba vívidamente aquella experiencia que lo había transformado de tal manera que, ahora, al avanzar hacia el sombrío mundo de los muertos, tenía la sensación de que su espíritu ya estaba preparado, como si ya hubiera vivido la experiencia de la muerte y su viaje al Hades fuera la continuación natural de aquella vivencia.

Entró en la oscuridad con paso firme. Algunas antorchas iluminaban el suelo tenuemente, eran candiles diminutos que Hércules percibía como pequeños centelleos luciendo en los ojos de un ciego. Respiró intentando adaptarse a la espesa oscuridad que lo envolvía sin caer dentro de alguno de los pozos, gargantas abiertas al centro del Hades; tenía la

sensación de estar en el lugar sobre el que se asientan los cimientos del mundo.

De pronto, dos haces de luz se hicieron más intensos. Hércules los vio mientras un rumor de agua se filtraba por sus oídos; se acercó a las antorchas que le indicaban el camino hacia las aguas del Aqueronte, el río que rodea el Hades, cuyo lecho despide permanentemente un vapor viscoso y templado, teñido con la ceniza de las piras funerarias que a diario arden sobre la tierra. Cuando por fin vio su caudal, sintió un resquicio de miedo, como si su fuerza, su determinación, estuvieran decayendo.

El espectáculo era desolador. Sobre la tierra, desperdigados entre los guijarros que enmarcaban la orilla contraria, las sombras de los muertos daban al paisaje la apariencia de una pesadilla. Las caras mostraban solo una mueca, un gesto de fiera, el rasgo indefinible que convierte el rostro de un hombre en la máscara, gastada y agrietada, del dios de la derrota. Por doquier, el silencio.

—No temas.

La voz sonó amable y cálida.

—Ni siquiera tú conseguirías salir de aquí sin ayuda.

Otra voz se dirigía ahora a él, igual de cálida, igual de profunda, pero distinta.

El paisaje pareció cambiar de repente. Una luz azulada transformó el desolado horizonte.

—¿Quiénes sois? ¿Por qué me ayudáis? —preguntó Hércules.

—¿Acaso piensas que tu padre no vela por ti? ¿Crees que hubieras sobrevivido a tus trabajos sin su ayuda? Síguenos hasta la orilla. Esperarás allí a Caronte, el barquero; él te

conducirá al otro lado del río, donde habrás de cumplir la orden que te ha traído aquí.

Sin dejar que Hércules pronunciara una palabra, la otra voz continuó:

—No uses tus armas, no te servirán de nada. Procura fiar todo a la fuerza de tus brazos y a la sagacidad de tu inteligencia.

Entonces, fugazmente, un destello iluminó el lugar del que nacían las voces. Hércules oyó un sutil aleteo y, entre los haces de luz que envolvían la orilla, creyó ver unas pequeñas alas sobre los pies de una de las figuras que le habían hablado. Sobre la cabeza de la otra refulgía un casco espléndido que ocultaba parte de un hermoso rostro: el rostro de una diosa.

Hermes y Atenea lo protegían. Con alivio, Hércules comprendió que lo habían conducido a salvo hasta las riberas del Aqueronte; pero fue solo un momento. Se encontró de nuevo solo mientras intuía la silueta de una barca que emergía de la bruma. La oscuridad lo rodeó.

La barca maniobró para acercarse a la orilla. En la popa vio una figura que parecía hecha con los hilos de niebla de la superficie del río. Apenas podía distinguir su cuerpo ni ver su rostro, escondido en una capucha en cuyo interior había solo el negro reflejo de una noche eterna. Hércules advirtió un olor ácido, el cieno del río mezclado con los harapos que cubrían al deplorable barquero. Frunció el ceño y apretó los dientes al subir sobre la húmeda cubierta de la barca.

Caronte no se movió, pero sintió un escalofrío de pavor al contemplar al hombre que acababa de embarcar: no estaba muerto, no llevaba una moneda para pagar la travesía;

sin atreverse a preguntar, separó la barca de la tierra y remó con fuerza, deseando llegar a la otra orilla, sobre la que ya se arremolinaban de nuevo las sombras de los muertos.

Hércules se fijó en el grupo informe de espectros que, delante de la proa, se movían sin rumbo: fantasmas, figuras que latían como larvas de insectos, amargas siluetas, lóbregos remedos de lo que fueron mientras vivían. Tenían los ojos hundidos y vacíos; sus bocas, hueras, sorbían los hilos de niebla y sus cuerpos sin forma oleaban sobre la superficie del agua. Viendo aquella penosa caterva, no sintió miedo sino compasión; por primera vez en toda su vida pensó en la penosa condena de la mortalidad.

Descendió de la barca. Las sombras se apiñaron a su alrededor. Hércules llevó las manos al pomo de su espada y aquellos seres huyeron en desbandada, apretados unos contra otros, convirtiéndose en una aglomeración informe, confusa, como una nube perdida empujada por el viento.

Solamente dos figuras permanecieron junto a él: una, la monstruosa Medusa; la otra, un héroe infortunado. Hércules retrocedió un paso y desenvainó con fuerza su arma.

Entonces notó una ligera presión en el brazo, una fuerza que, sin la más mínima violencia, le impedía blandir el acero, y percibió la presencia de Hermes protegiéndolo de nuevo.

—Son sombras, Hércules, vanos simulacros que no pueden hacerte daño.

La voz del dios le devolvió la calma.

—¿Por qué te inquietas, hijo de Alcmena? No tienes nada que temer de los muertos.

Aquella era la voz de la sombra de un guerrero.

Hércules creyó reconocer en ella los rasgos de Meleagro de Calidón; percibió su tristeza, su ansiedad, el helado dolor de la muerte. Escuchó conmovido la historia de su amor por Atalanta, la extraña mujer de Arcadia de la que se decía que había sido amamantada por una osa.

Meleagro hablaba despacio, con un pesar infinito, y Hércules creyó ver en el oscuro contorno de sus ojos el brillo de unas lágrimas. No se atrevió a moverse, deseando dar al infeliz la oportunidad de revivir el sueño de su perdida existencia.

Agotado por el esfuerzo y la angustia de los recuerdos imperecederos, la sombra de Meleagro empezó a desvanecerse. Entonces Hércules, antes de que la imagen desapareciera por completo, levantó uno de sus brazos en un intento vano por retenerla un momento, por tratar de decir algo que pudiera aliviar a quien ya no era más que un vaho informe, el humo surgido de una hoguera apagada para siempre.

Pensando que así conseguiría enviarle algo de consuelo, le preguntó:

—¿Te queda alguna hermana?

La sombra se detuvo y su boca se movió con torpeza.

—¿Por qué? —balbuceó.

—Juro que me casaré con ella —gritó Hércules.

Entonces el héroe oyó un nombre, un débil eco perdido en un mar de silencio:

—Deyanira.

El héroe siguió su camino hacia el interior del Hades. Las palabras de Meleagro resonaban en su memoria y el nombre de su hermana, Deyanira, se había clavado en su ánimo

como un presagio inquietante que, sin saber por qué, lo trasladaba al episodio de los centauros.

A su alrededor, la multitud de seres abandonados, ahogados en el eterno recuerdo de la vida perdida, volvía a amontonarse junto a él. Repentinamente, el deseo de hacer algo por ellos le hizo olvidar su misión.

Como adivinando su pensamiento, las sombras se movieron de repente; en la imagen de sus rostros se dibujó una mueca de ansiedad mientras parecían flotar sin gran esfuerzo. Hércules las siguió hasta llegar a un lugar menos gélido, en el que corría una brisa templada. Tenía el aspecto de un prado de pálida hierba, un lugar tranquilo que, sin embargo, estaba vedado a los difuntos. Todos se quedaron en el límite, abriendo y cerrando sus bocas.

Allí pacían las vacas de Hades; inclinaban sus cuellos sobre la tierra, arrancando del suelo los ralos tallos de aquel pasto bilioso nacido en una tierra sin sol. Se acercó a una de ellas y la cogió de los cuernos para conducirla al lugar donde esperaban los muertos. Entonces Menetes, el pastor del dios Hades, aquel que había informado a Gerión del robo de su ganado, se abalanzó sobre él para derribarlo, pero no consiguió más que caer al suelo con un gesto de incredulidad dibujado en su boca. Cuando Hércules levantó su maza, una sombra lo distrajo. Creyó ver a Perséfone y no descargó el golpe sobre el siniestro boyero que, aterrorizado, reptó como una serpiente entre el cerúleo estiércol y las pezuñas de las vacas.

Tomó de nuevo al animal y se dirigió con él hacia los muertos. Un grito apagado lo llenó todo, un aullido opaco surgido de sus entrañas. Hércules levantó el cuello de la vaca

y la degolló de un tajo: un río de sangre brotó al instante, formando un charco humeante en el suelo.

Se apartó mientras, con gritos cada vez más agudos, las sombras de los muertos intentaban nutrirse con la sangre. Entonces vio cómo sus rostros se perfilaban con más claridad sobre el oscuro paisaje; chispazos de luz centelleaban dentro de las cuencas de sus ojos y una onda de calor coloreó sus miembros.

Mas, repentinamente, se hizo la calma; las sombras se marcharon volando en silencio, como negras mariposas asustadas por un pájaro de muerte. Hércules notó una presencia a sus espaldas. Con sumo cuidado, procurando no mostrar el más mínimo temor, se dio la vuelta y vio una figura de piel grisácea cuyo rostro estaba envuelto por un anillo nuboso, como la cima de una montaña; gotas de un rocío helado caían sobre el suelo.

Hades, el dios del inframundo, hermano de Zeus, le habló:

—Sé lo que has venido a hacer, hijo de mi hermano. Y te daré la oportunidad de conseguirlo si cumples mis reglas. De otro modo, no saldrás nunca de aquí.

Nada perturbaba el vacío sobre el que reinaba aquel dios sin rostro.

—Sé que no puedo hacer otra cosa que aceptar tus reglas. Dime sin demora qué debo hacer. Y si logro mi objetivo —añadió—, no intentes detenerme. Este lugar no me corresponde.

—Eres un joven confiado y arrogante, Hércules. Aprenderás, aunque con amargura. —La sombra que envolvía el semblante del dios pareció llenarse con algo de luz—. Cerbero será tuyo si consigues vencerlo con tus manos desnudas.

Si utilizas un arma, cualquiera que sea, no volverás a ver la luz del sol.

Hércules sintió un hondo estremecimiento.

—Acepto —contestó escuetamente.

La silueta del dios se diluyó. Respirando con tranquilidad, Hércules se internó en las sombras.

◦◦◦

Cuando salió de Tirinto, Hércules tuvo la sensación de que ya no habría más órdenes de Euristeo. Nadie le había dicho nada, ni siquiera el propio rey, pero algo en el tono de sus palabras, en su expresión, había cambiado.

El héroe acababa de entregarle las doradas manzanas del jardín de las Hespérides, su última misión. Tersas, suaves, hermosas, aquellas frutas habían sido el regalo de boda que su padre, Zeus, había hecho a Hera.

Había pasado mucho tiempo desde aquel enlace. Durante la ceremonia la diosa no pudo disimular la impresión que le provocó aquel presente. Acarició con placer la piel dorada de los frutos, los pasó por sus mejillas, notando la maravillosa tersura, y ordenó que fueran plantados en un jardín maravilloso situado en los confines del occidente, en las tierras de la tarde. Las manzanas pendían de un árbol en cuyo tronco estaba permanentemente enroscada una monstruosa serpiente: sus múltiples cabezas oteaban todo el horizonte y sus bocas emitían voces diferentes, aterradoras. Su nombre era Ladón. El árbol de las manzanas de oro era custodiado también por las tres ninfas del ocaso. Hércules las evocaba vagamente, pues no necesitó enfrentarse a ellas.



Sin embargo, recordaba muy bien el viaje hacia aquellas tierras. Fue una aventura larga y a veces extraña, con algunos momentos de paz y días enteros de guerra. Mas, sobre todo, aquel viaje le había hecho comprender definitivamente la razón de su existencia: había combatido, había liberado a hombres y ciudades, se había enfrentado a una multitud de trabajos sin obedecer más orden que la aceptación de su destino.

Mientras la ciudadela de Tirinto iba quedando atrás, las preguntas se iban agolpando en su mente: ¿por qué lo había hecho?, ¿acaso Hera y su padre habían conseguido moldear su carácter y hacer que comprendiera la razón de su existencia?, ¿estaba realmente librando al mundo de los rastros de una época en que la ley del más fuerte era la única medida?

Los interrogantes bullían en su cabeza y daban a su rostro un aire de ensimismamiento. Detuvo la marcha y se sentó sobre una roca, a la vera del camino, decidido a encontrar las respuestas que necesitaba. Con las murallas de Tirinto columbrándose ya en el horizonte, repasó las etapas de su extraordinario viaje hacia el extremo occidente y, sin darse cuenta, detuvo la secuencia de sus recuerdos en dos episodios muy diferentes, como si en ellos se encontrara la respuesta que buscaba.

El primero de ellos había tenido lugar en una de las montañas del Cáucaso, el lugar en el que, sobre una roca, yacía encadenado el gigante Prometeo, cumpliendo así una pena impuesta por Zeus. Su delito había sido robar el fuego a los dioses y entregárselo a los seres humanos, que, hasta entonces, vivían como animales, apartados de los secretos

del fuego. Zeus castigó por ello a los hombres, pero se cebó con el infortunado Prometeo.

Lo sujetó sobre aquella roca con cadenas forjadas de un metal indestructible y, todos los días, un águila monstruosa se posaba sobre su vientre y devoraba sus entrañas. Cada noche, el gigante sentía cómo sus órganos se regeneraban con el único fin de ser devorados de nuevo al día siguiente. Desde su cadalso, Prometeo clavaba sus ojos en el cielo de la noche y escudriñaba la luz de las estrellas, preguntándose si alguna vez se detendría el eterno devenir de los días y, con él, su perpetuo sufrimiento.

En medio del silencio de la montaña, el grito de Prometeo resonó en los oídos de Hércules. El héroe corrió sin pensar en lo que habría de encontrarse, movido solo por su deseo de prestar ayuda a quien profería tales alaridos. Entonces presenció el cruel espectáculo: con las garras clavadas en el vientre del titán, el águila introducía su cuello y su pico en el interior del cuerpo del condenado buscando sus órganos. Hércules, sin dudar un solo momento, disparó una de sus flechas y el animal cayó al suelo en medio de horribles convulsiones.

Cuando liberó el cuerpo lacerado de Prometeo, sintió una honda satisfacción, como si estuviera saboreando una victoria contra el lado oscuro de sí mismo. Miró al cielo y tuvo la impresión de que su padre sonreía satisfecho.

El segundo suceso ocurrió en Egipto. Estaba ya cerca de llegar al jardín de las Hespérides cuando se vio obligado a atravesar el país del río, donde reinaba Busiris. Egipto había sufrido años de sequías y malas cosechas, y el poder del rey estaba amenazado. Convencido por un adivino, el monarca

creía que, sacrificando a un extranjero cada año, la prosperidad volvería a su reino y su poder estaría a salvo. Hércules había oído hablar de este monarca que responsabilizaba a los forasteros de las desgracias que se abatían sobre su tierra.

Sin ofrecer resistencia, se dejó apresar por los guardias de Busiris y caminó mansamente hacia el altar en que habría de ser inmolado para aplacar a los dioses. Tenía la cabeza coronada con guirnaldas y, como si fuera un animal engalanado para el sacrificio, brazales de flores adornaban su cuerpo.

Delante del altar, los soldados de Busiris lo obligaron con violencia a inclinar la cabeza ante el monarca. Experimentó el héroe entonces la humillación de saberse esclavo, extranjero, y comprendió el desamparo, la terrible soledad de quienes no pueden defenderse. Lleno de ira, tensó los músculos de sus brazos, rompió las ligaduras que los atenazaban y, con sus propias manos, mató a Busiris y a su hijo Anfidamante, que esperaba a su lado, sonriente, el comienzo de la fiesta.

Antes de abandonar el templo, rugió como una fiera y liberó su rabia y su desdén por aquellos hombres que se complacían con la tortura de los otros.

◇◇◇

Cuando por fin llegó a las tierras de la tarde, el océano bramaba inmenso, teñido de una espuma blanca que se confundía con las nubes del horizonte, prolongando el mundo más allá de todo conocimiento. Clavó sus ojos en el infinito espacio de las aguas y se preguntó si en algún lugar habría otras orillas.

A punto de llegar al jardín, recordó que Prometeo, agradecido, le había aconsejado que no cogiera él mismo las

maravillosas manzanas, sino que encomendase tal misión a su hermano Atlas, el titán que sostenía sobre sus hombros la bóveda celeste como castigo por haber osado enfrentarse a Zeus.

No tardó en dar con él. Sobre el mar, instalado en el profundo saliente de una roca, encorvado por el enorme peso de los cielos, la respiración agitada del dios se confundía con los vientos. Hércules comprobó aliviado que el jardín se encontraba muy cerca y creyó ver algún destello dorado brotando de los árboles. Se acercó con prudencia, procurando no alterar la paz de aquel paraje solitario.

Sintió compasión por Atlas; tenía la espalda arqueada, los hombros hinchados y enrojecidos, las piernas ligeramente temblorosas; se preguntó si aquel ser tan duramente castigado podría sostener por mucho tiempo más el equilibrio del mundo, y decidió poner en práctica la recomendación de Prometeo; quizá así procurara un vano alivio al desdichado.

—He oído hablar de ti, Hércules —dijo Atlas sin preámbulos—, y veo cada día los dos trofeos que has erigido en el estrecho.

—Tu hermano Prometeo me ha traído hasta aquí —contestó el héroe.

Decidido a terminar con su misión cuanto antes, el hijo de Zeus le propuso un trato:

—Te aliviaré de la carga que soportas hace tanto tiempo si recoges por mí tres manzanas del jardín que tienes a tu lado.

Sorprendido, Atlas asintió de buen grado. En su rostro se dibujó una sonrisa, y todo su cuerpo pareció tonificarse, como si la sola posibilidad de librarse por un momento del

peso de los cielos le hubiera devuelto parte de la vida. Antes de responder, un destello ladino iluminó su mirada.

—Acepto —dijo—, y te lo agradezco de corazón.

Al poco, Hércules vio alejarse al titán y contempló de nuevo el océano, las tierras del oeste, el inmenso horizonte. Mas esta vez, sosteniendo el enorme cielo sobre sus hombros, el mundo que vieron sus ojos le pareció otro: azul, lejano, hermoso, sin que los hombres y sus actos parecieran contar nada en el dulce equilibrio entre mares y tierras. Cansado de su propia vida, de su lucha constante, se sintió aliviado al no tener que enfrentarse con las tres ninfas del ocaso, guardianas del jardín, ni con la enorme serpiente que custodiaba el árbol.

No tardó Atlas en volver. En sus manos traía tres hermosas manzanas doradas cuyos destellos iluminaban su cuerpo. Cuando llegó al lado de Hércules, el dios apenas se detuvo: lo miró de soslayo y, sonriendo, le dijo que él mismo llevaría las manzanas a Euristeo.

—Puedes seguir haciendo mi trabajo. Yo haré el tuyo —añadió con una mueca maligna.

El héroe decidió tratar al ingenuo Atlas con sus mismas armas.

—Acepto —dijo aparentemente complacido—. Pero retoma unos instantes la bóveda del cielo mientras busco algo que alivie mis hombros de la enorme carga. Mi fuerza no puede compararse con la tuya.

Atlas dejó las manzanas sobre el suelo y volvió a levantar el vasto cielo. Su sonrisa se transformó en una mueca cuando vio que Hércules, con las tres manzanas en la mano, desaparecía para siempre.

Mientras se alejaba, el hijo de Zeus tuvo la certeza de que había ido a buscar los frutos de la inmortalidad y de que aquel último trabajo era la antesala de su propia apoteosis.

◇◇◇

Hércules esbozó una sonrisa al recordar el sorprendido rostro de Atlas. Se levantó de la piedra, echó un último vistazo a la ciudadela de Tirinto y se marchó. Se sentía bien consigo mismo. Había aprendido muchas cosas, pero una sobre todas las demás: su verdadera misión, su trabajo más importante, había sido utilizar su fuerza y su inteligencia en la defensa de los que eran más débiles.

Entonces oyó un ruido a sus espaldas: unas pisadas que no eran de hombre y un jadeo que ya había oído antes. Se volvió despacio, deseando no tener que enfrentarse a un nuevo combate. Era Cerbero, el perro de Hades, el guardián de las puertas de los infiernos. Hacía tiempo ya que Hércules lo había llevado a Tirinto para entregárselo a Euristeo.

Se puso en guardia, pero el animal no hizo intento alguno de atacarlo. Al contrario, se detuvo, y sus tres cabezas, juntas, como si fuesen solo una, se inclinaron hacia la tierra en un gesto de sumisión.

Hércules se acercó al perro y acarició su lomo.

—Euristeo no sabe qué hacer contigo, ¿verdad? Y tú estás fuera de tu casa, igual que yo.

Miró a los ojos al animal. Cerbero pareció comprender las palabras y los gestos de aquel hombre que lo había vencido dentro del Hades y lo había llevado a un mundo al que no pertenecía.



Hércules acarició a Cerbero, el guardián de las puertas de los infiernos.

—Ven conmigo —dijo Hércules—. Te llevaré de vuelta a tu hogar.

Poco a poco los dos se fueron alejando. Tomaron uno de los muchos senderos que conducían al sur. A la luz de la tarde, sus cuerpos se fueron difuminando. Héroe y monstruo se fundieron con la tierra igual que un recuerdo se funde con el paisaje en el que suceden todos nuestros sueños.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Desde la Antigüedad, Hércules ha sido considerado un símbolo de la fuerza, el heroísmo y la justicia. El ciclo más famoso a él referido, el de los doce trabajos, puede interpretarse así como la lucha del héroe contra elementos que amenazan al mundo de los dioses y de los humanos. Pero, también, como la expiación de los crímenes cometidos por el uso irresponsable de tan descomunal fuerza.

Por encima de cualquiera de los dioses olímpicos o de héroes como Aquiles, Teseo o Ulises, Hércules es el personaje más popular de la mitología clásica. Lo es hasta tal punto que su nombre ha dado lugar a un adjetivo, «hercúleo», dicho de una persona muy fuerte y de gran musculatura, como era el hijo que la mortal Alcmena «parió en contacto amoroso con Zeus, amontonador de nubes», según cantaba el poeta Hesíodo en su *Teogonía*, allá por el siglo VIII a.C. Conviene mencionar, sin embargo, que Hércules es la forma latina, probablemente derivada del etrusco Hercle, del griego Héracles, que significa «Gloria de Hera». Un nombre este cuando menos sorprendente para alguien que tuvo en esa diosa a su más enconada enemiga. Hera, como protectora del matrimonio, no le perdonaba el ser fruto de una infidelidad de su esposo Zeus, y por ello no perdió nunca la ocasión de perjudicarlo. El nombre fue imposición de la pitia del santuario de Delfos, al que Hércules acudió para purificarse tras haber dado muerte a los hijos que había tenido con Mégara, la hija del rey de

Tebas, Cleonte, durante un acceso de locura precisamente inspirado por Hera. La expiación de ese crimen serían los doce trabajos, que debían dar fama y renombre universal al hijo de Zeus, pero también, y muy a pesar suyo, a aquella que los había provocado. Con anterioridad, Hércules se llamaba Alcides o Alceo, como su abuelo por parte de Anfitrión, el esposo de Alcmena y, por tanto, su padre putativo.

El aspecto de este particular héroe es inconfundible, pues desprecia la armadura y las armas propias de un guerrero para vestirse con una piel de león que le da un aspecto si cabe aún más espantable, blandir una maza fabricada por él mismo de la madera de un acebuche y disparar flechas empapadas en un veneno tan potente que el más leve rasguño causa una rápida muerte. Pero más que todo esto, que en realidad son atributos que adquiere a raíz de los primeros trabajos realizados para su primo Euristeo (la piel del león de Nemea, el veneno extraído de la sangre de la hidra de Lerna), Hércules destaca por una fuerza sobrehumana, tan descomunal como incontrolable, que lo lleva a matar, sea en un acceso nada raro de furor, sea por mero accidente o fatalidad, a quienes se hallan cerca de él. Al mismo tiempo, Hércules es un infatigable luchador contra la injusticia, alguien que, en definitiva, hace aquello para lo que Zeus lo creó: proteger a la humanidad, y no menos a los dioses, de las oscuras fuerzas que quieren acabar con el orden cósmico impuesto por los olímpicos tras su victoria sobre la anterior generación divina, la de Crono y los titanes.

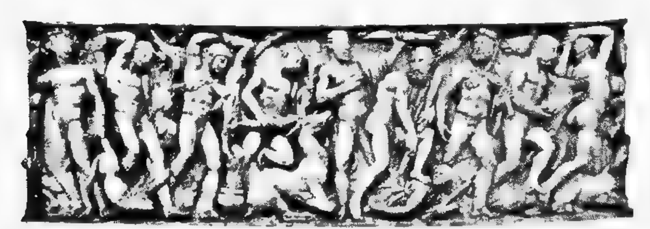
UN CAJÓN DE SASTRE

Hércules es un personaje excesivo en todos los sentidos, y no solo en lo que se refiere a su fuerza. Su popularidad era ya tal en la Antigüedad que, bien como protagonista, bien como personaje secundario, aparece en todo tipo de historias. La más famosa y coherente es la de los doce trabajos, pero están también las que se refieren a su infancia y juventud, siempre burlando los ardides de Hera, y las de sus amoríos finales, su muerte y ascensión al Olimpo como uno más de los inmortales. Por si esto fuera poco, se le hizo participar en una guerra de Troya anterior a la motivada por Helena, la esposa de Menelao, y también en la legendaria expedición de Jasón y los argonautas en pos del vellocino de oro. Por no hablar de la guerra contra los gigantes, en la que un Hércules aún mortal luchó al lado de los dioses olímpicos.

En realidad, las historias dedicadas a Hércules son una especie de cajón de sastre en el que cabe todo, pese a los esfuerzos de los mitógrafos de época helenística por crear una versión estándar. Es lo que intentó Apolodoro de Atenas (siglo II a.C.), a quien se atribuyó la autoría de una *Biblioteca mitológica* escrita para divulgar un patrimonio mítico que ya entonces empezaba a resultar extraño, y excesivamente disperso. En ella se encuentra la lista canónica de los trabajos, aunque su orden varíe en autores como Diodoro Sículo o Higino (ambos del siglo I a.C.), igual que los episodios secundarios que se le agregaron a medida que la fama del héroe se extendía. Lo que se mantiene en las distintas versiones es su estructura en dos bloques, con los seis primeros trabajos referidos al Peloponeso (el león de Nemea, la hidra de Lerna, el jabalí de Erimanto, la cierva de Cerinia, las aves del lago Estinfalo y los establos de Augias) y los restantes con escenarios que se extienden por todo el arco mediterráneo (el toro de Creta, las yeguas de Diomedes, el cinturón de Hipólita, los bueyes de Gerión, el can Cerbero y las manzanas del jardín de las Hespérides). Esta extensión geográfica ayuda a explicar la difusión del culto que se tributó a la figura divinizada del héroe, sobre todo en época romana, cuando se le levantaron templos como el de Hércules Víctor, en el foro Boario de Roma, y se restauraron otros como el de Hércules Gaditano,

dedicado originalmente al dios fenicio Melkart (al que el hijo de Zeus se asimiló en fecha remota), y en el que, según el historiador latino Pomponio Mela (siglo I a.C), se hallaban sus restos.

Lo que más llama la atención en esta colección es lo dispar de los cometidos que ha de afrontar Hércules. Así, por un lado, ha de aniquilar una serie de criaturas que pertenecen a un tiempo anterior a la victoria de los dioses olímpicos, como el león de Nemea o la hidra de Lerna, monstruos cuya sola existencia es un peligro para el mantenimiento del nuevo orden del mundo. En este punto, Hércules se acerca a un héroe mucho más antiguo, el mesopotámico Gilgamesh. Ambos son de ascendencia divina, se dedican a librar la tierra de monstruos e, incluso, bajan hasta el mundo de los muertos. La epopeya que narra sus gestas, el *Poema de Gilgamesh*, fue compuesta hacia el 2100 a.C. y traducida y copiada durante siglos por sumerios, acadios, babilonios, asirios e hititas. Es posible que alguna versión de ella llegara a Grecia vía Fenicia, lo que explicaría el parentesco de la leyenda griega con algunos episodios. Pero Euristeo no solo manda a Hércules que limpie el mundo de monstruos, también lo obliga a abordar meritorias gestas cinegéticas e incluso a obrar



Relieve de un sarcófago romano del siglo III d.C. que muestra la secuencia de los trabajos de Hércules, desde el león de Nemea hasta las yeguas de Diomedes. Se conserva en el Museo Nazionale Romano.

como un ladrón y cuatrero. Mención aparte merece la limpieza de los establos de Augias, una cura de humildad para el héroe, aunque él la supere con ingenio y sin ensuciarse las manos.

Se trata, pues, de pruebas muy diferentes que delatan orígenes e influencias muy diversas. Así, la lucha contra los monstruos podría estar relacionada con algún tipo de combate ritual de los reyes de una época arcaica, anterior incluso a la era micénica, y lo mismo el robo de ganado, motivo tradicional en mitos como el de Autólico, que hurtaba las vacas de Sísifo. El toro de Creta tiene un referente evidentemente minoico (esto es, Edad del Bronce), donde este animal gozaba de carácter sagrado y los jóvenes realizaban pruebas como la taurocatapsia o salto del toro, de las que han quedado muestras en las pinturas murales de palacios como el de Cnosos. En cambio, el episodio de las aves estinfálidas parece remitir a algún tipo de ritual curativo en el uso que en él se hace de instrumentos de percusión.

CORAZÓN DE LEÓN

Hércules ha inspirado incontables obras literarias, musicales y cinematográficas, muchas de las cuales toman como motivo los doce trabajos. En literatura, la más antigua referencia a esas pruebas se encuentra en el *Himno homérico* XV, «A Héracles, corazón de león» (siglo VI a.C.): «Por la tierra sin confín y por el mar vagando a las órdenes de Euristeo el soberano, muchas cosas osadas hizo por sí solo, muchas soportó». Otras se hallan en la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero, y en la *Teogonía* de Hesíodo, así como en el *Escudo de Heracles*, un poema épico tradicionalmente atribuido a este último poeta, del que solo ha llegado un fragmento. Otro poema, el *Idilio XV* de Teócrito (h. 310-260 a.C.), relata la lucha con el león de Nemea.

Hércules, héroe y modelo cristiano

El prestigio de la figura de Hércules se ha mantenido a lo largo de los siglos prácticamente sin altibajos, gracias en buena parte a la reinterpretación en clave cristiana que se hizo del héroe en la Antigüedad tardía y durante toda la Edad Media. Aunque estos trabajos fueron impuestos por la pitia de Delfos como expiación por un crimen tan monstruoso como el asesinato de los hijos (bien que con circunstancias atenuantes de peso, como la locura impuesta por Hera), su premio no era menor: la inmortalidad. Eso hizo que, ya en época cristiana, los Padres de la Iglesia interpretaran el mito según su fe: los doce trabajos no serían así sino otras tantas pruebas que el alma ha de superar para deshacerse de las necesidades del cuerpo y alcanzar el paraíso. Más aún: en san Agustín de Hipona (354-430), el propio Hércules se convierte en prefigura de Cristo, la maza, en cruz y la fortaleza física, en fortaleza moral. Uno y otro vienen al mundo a luchar contra el mal, mueren y conquistan la inmortalidad. A esta interpretación cristiana hay que sumar la devoción que desde antiguo las casas reales han profesado por Hércules, en quien veían un símbolo de la fortaleza y la lucha por la justicia. La casa real de Macedonia, por ejemplo, presumía de ser descendiente directa del héroe, y por ello Alejandro Magno no dudó en dar el nombre de Héracles a su primer hijo. Muchos siglos después, una dinastía como la Habsburgo, tanto la rama austríaca como la española, tomó también al héroe como su ancestro mítico.

En lo que se refiere a la tragedia, la única obra referida a los doce trabajos es el *Héracles* de Eurípides (480-406 a.C.), con la particularidad de que en ella el asesinato de los hijos de Mégara sucede no antes de esas pruebas, sino una vez realizadas estas. En el siglo I d.C., y ya en Roma, esta obra sirvió de inspiración a Séneca (4 a.C.-65 d.C.) para componer su tragedia *Hércules furioso*, en la que se acentúa todo aquello que de pasional y dramático tiene la historia. El gran poeta romano Virgilio (70-19 a.C.) también evocó las hercúleas proezas en el poema épico Eneida, con especial atención a uno de los episodios colaterales de los doce trabajos obviado por Apolodoro: el de Caco, «hombre monstruoso, de horrenda catadura».

La modernidad, en cambio, no ha mostrado tanto interés por el personaje: la excepción, y en clave irónica, es *Los trabajos de Hércules*, una colección de doce relatos cortos de la británica Agatha Christie (1890-1976), cuyos títulos evocan las hazañas del hijo de Zeus, pero en los que el protagonista, el detective Hércules Poirot, sustituye la fuerza física por la inteligencia.

APOTEOSIS BARROCA

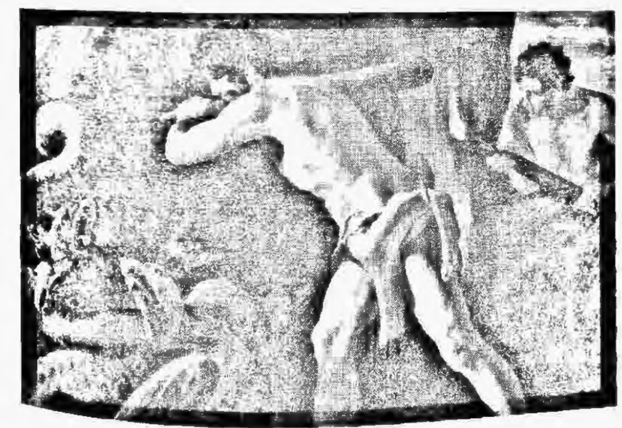
Las representaciones sobre Hércules y sus doce trabajos son un motivo constante en las artes plásticas de la Antigüedad. Con sus atributos tradicionales, la piel del león, la maza y el arco y las flechas, el héroe aparece ya en piezas de cerámica griegas desde el siglo VI a.C., abundando igualmente las esculturas, como el *Hércules Farnesio* del Museo Arqueológico de Nápoles, probable copia romana de un original del griego Lisipo (siglo IV a.C.), o el *Hércules con la piel de león*, del Metropolitan Museum de Nueva York (siglo I d.C.). No hay que olvidar tampoco relieves como los de las metopas del

templo C de Selinunte (Sicilia), del siglo VI a.C., ni los mosaicos romanos como el de los doce trabajos, hallado en Liria (Valencia) en el año 1917 y conservado en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid.

Durante el Renacimiento y el Barroco, el número de obras que se inspiran en los doce trabajos es sencillamente inabarcable. Si hacia 1470 el italiano Piero della Francesca (h. 1420-1492) tomó al héroe como excusa para realizar un estudio anatómico del cuerpo humano, otros artistas prefirieron mostrarlo en plena acción, como Antonio Pollaiuolo (h. 1432-1498) en la pintura *Hércules y la hidra*, y en la escultura con *Hércules y Anteo*, un bronce definido por el violento movimiento de las figuras y el contraste de sus rostros, concentrado el del hijo de Zeus, desesperado el del gigante al sentir cómo sus fuerzas se agotan al no tocar tierra sus pies. Este tema fue también tratado pictóricamente por Lucas Cranach el Viejo (1472-1553), mientras que el de la hidra lo fue por Guido Reni (1575-1642) y Juan Bautista Martínez del Mazo (1612-1667), entre otros. El alemán Alberto Durero (1471-1528), en una de sus contadísimas aproximaciones a la pintura de tema mitológico, prefirió recrear el trabajo de las aves del Estínfalo, unas criaturas que él imaginó como una especie de cruce entre sirenas y grifos. En 1634, Francisco de Zurbarán (1598-1664) pintó diez telas sobre los trabajos para el palacio del Buen Retiro de Madrid. Otra serie, esta en piedra, es la que constituyen los grupos escultóricos del Hofburg, el palacio imperial de Viena: los de la entrada de la cancillería son obra de Lorenzo Mattielli (1687-1748); los de la Michaelertor los realizaron ya a finales del siglo XIX escultores historicistas como Josef Lax. En época más moderna, el interés de los artistas por Hércules, aunque se mantiene, se centra no tanto en los doce trabajos como en episodios de su juventud o en el de su muerte. Una excepción es el simbolista Gustave Moreau (1826-1898), autor de dos versiones



Dos interpretaciones muy diferentes del episodio de la lucha de Hércules contra la hidra de Lerna. La de Francisco de Zurbarán (1634), en la parte inferior, fiel a los esquemas propios del Barroco, presenta al héroe en plena acción, golpeando a la criatura con su maza. La de Moreau (1876), en cambio, prefiere centrarse en el encuentro y la mirada que se establece entre Hércules, representado como un grácil adolescente, y la hidra. El misterioso paisaje, pintado con todo detalle, acrecienta lo enigmático de la escena.



de Hércules y la hidra, y una del episodio de las aves del Estinfalo. Como curiosidad, puede citarse el dragón de hierro forjado que, con pose intimidante, protege la verja de la Finca Güell, en Barcelona. Obra del afamado arquitecto español Antoni Gaudí (1852-1926), se inspira en la epopeya catalana *La Atlántida*, de Jacint Verdaguer (1845-1902), cuyos versos evocan al dragón Ladón, el que guardaba las manzanas de oro del jardín de las Hespérides, las mismas que fue a buscar Hércules en el undécimo de sus trabajos.

También la música, principalmente la ópera, ha mostrado interés por Hércules, a pesar de ser este un músico frustrado y, por contar entre sus hechos menos memorables la muerte de su maestro de lira, Lino. Sin embargo, también aquí el interés se ha centrado no tanto en los doce trabajos como en la juventud del héroe, caso del poema sinfónico *La juventud de Hércules* de Camille Saint-Saëns (1835-1921), o en su muerte, apoteosis y ascensión al Olimpo, como el drama musical *Hércules* de Georg Friedrich Händel (1685-1759). Aun así, Antonio Vivaldi (1678-1741) basó su *Hércules en el Termodonte* en el noveno de los trabajos, el del robo del cinturón de la reina de las amazonas, Hipólita. La muerte de esta a manos del héroe es sustituida aquí por un final feliz en el que Hipólita acaba contrayendo matrimonio con uno de los compañeros de Hércules, Teseo.

En lo que al cine se refiere, Hércules ha sido un reclamo desde la era muda. No obstante, fue a finales de la década de 1950 cuando se convirtió en un personaje recurrente de los llamados péplums, un subgénero de cine histórico sobre historias y mitos grecorromanos. De entonces datan producciones italianas como *Hércules* (1958) y *Hércules y la reina de Lidia* (1959), ambas de Pietro Francisci y con Steve Reeves en el papel protagonista, a las que siguieron en la década siguiente otras muchas cada vez más fantasiosas y alejadas del mito original, como *Hércules en el centro de la Tierra* (1961), de Mario Bava.

Más destacable es la versión de animación *Hércules* que la factoría Disney estrenó en 1997. Dirigida por Ron Clements y John Musker, esta película de animación, aunque mezcla con bastante libertad elementos tomados de los doce trabajos (como la lucha con el león de Nemea o la hidra) con otros que rememoran episodios que nada tienen que ver con el héroe (el caso del Minotauro de Creta o el de la Medusa), consigue acercar la mitología a un público muy amplio.

ÍNDICE